

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«Romanus Pontifex potest ac deus cum progressu, cum liberalismo et cum recentibus virilitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 40 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 24 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 28 del presente mes, se servirán renovarlo oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo o certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID 24 DE FEBRERO DE 1865.

Creeríamos defraudar a nuestros lectores si no retirásemos cualesquiera otros materiales para publicar íntegro el segundo discurso de los pronunciados por nuestro amigo el Sr. Nocedal.

Nada decimos hoy de esta oración, sobre la cual tanta diatriba, tanta pérdida tergiversación acumula hoy el liberalismo. Es natural: nuestro amigo ha presentado a este monstruo en todo el esplendor de su barbarie, de su impiedad y de su hipocresía. Es natural: nuestro amigo, al describir y execrar tan elocuentemente como lo ha hecho al liberalismo, ha presentado claras, concretas e inmediatamente aplicables las soluciones de la libertad.

Defendiendo el Sr. Nocedal a la libertad, ¿cómo no había de rugir el liberalismo?

Tenemos prisa de que nuestros lectores comiencen a conocer este discurso. Hélo aquí:

El Sr. NOCEDAL: Señores diputados: vengo enfermo hoy como muy pronto tendréis ocasión de conocer, a continuación mi interrumpido discurso. Mas ¿qué le hemos de hacer? Esto no importa; estos son nuestros casos de honra; estos nuestros campos de batalla: enfermo como estoy, es mi obligación dirigiros la palabra, y os la diré.

Ayer, señores, interrumpí mi discurso en el momento en que acababa de preguntar qué sistema había ideado esto que se llama civilización moderna que está representada por los partidos liberales, para reemplazar los antiguos medios y sistemas con que estaba resuelta en España la cuestión social.

Ya comprenderéis que no hacía esta pregunta por mero capricho, que no era ciertamente una curiosidad arbitraria. Hacía esta pregunta, porque la contestación negativa que a ella doy es la única explicación satisfactoria del fenómeno político que estamos presenciando y que no e pueden explicar los políticos vulgares que sólo ven la superficie de las cosas. Es un fenómeno que está llamando la atención de todos, y del cual todos piden explicación, el de la disolución de los partidos antiguos en que estaba dividida la familia liberal, aquellos partidos pujantes y vigorosos de los años 35 al 40 y del 43 al 54.

¿Cómo, se pregunta hoy, cómo, si viven sus hombres, si conservan sus principios, cómo no siguen siendo lo que entonces fueron? ¿Cómo hoy no se presentan con aquellas mismas condiciones? ¿Cómo es que una vez y otra vez se levantan voces autorizadas para agruparlos, y ellos no se agrupan?

Pues esto consiste, señores, ó a lo menos a mí me lo parece, en que los antiguos partidos en que estaba dividida la familia liberal no corresponden ya a los problemas que están puestos sobre el tapete, y cuya solución importa.

Hablan los partidos, y dicen al país: aquí tenemos nuestra Constitución y nuestras leyes orgánicas; mirad la ley de ayuntamientos; mirad la ley de diputaciones provinciales; mirad la ley de imprenta; mirad, en fin, todas las leyes orgánicas. Y el país dice: y bien, ¿y qué? Todo esto era muy bueno por los años 36 y 45, todo esto podía servir para entretener en aquellos tiempos de transición; pero los tiempos de transición van terminando, los campos es menester que se deslinden, y los antiguos partidos, digase de una vez, los antiguos partidos ya no sirven.

Se levanta aquí la voz más autorizada del partido progresista que llama a su lado a cuantos con él militaban, y sus amigos no le escuchan. Se levanta la no menos autorizada voz del jefe reconocido del partido moderado, llama a su lado a todos los moderados, y todos los moderados no acuden, sino que divididos en facciones, no oyen como en otro tiempo la voz de su autorizado jefe. Pues no tengáis duda, señores diputados: esta descomposición de los partidos está revelando el fenómeno de que acabo de hablaros; y es que todo eso es viejo, que todo eso es inoportuno, que todo eso no significa ya nada, absolutamente nada, porque las cuestiones son otras, porque las cuestiones son distintas. Todo eso de que vienen disputando los partidos, no importa ya absolutamente nada; y cuando son otras las cuestiones, tienen que ser otras las soluciones, no pena que la nación ni os oiga ni os haga caso. Como los partidos, tales como venían organizados, no tenían soluciones para las cuestiones de hoy, de aquí que se encuentren sin cohesión, ni autoridad, ni fuerza; lo cual tanto vale como decir que en nombre de aquellas ideas y de esos partidos, y no representando más que lo que entonces repre-

sentaban, ya no se puede gobernar, ya no se puede legislar, ya no se puede dirigir la sociedad.

¿Pues qué hacer? ¿Qué hacer? Lo que importa, lo que urge hacer es deslindar los campos, y deslindarlos bien. ¿Y qué es deslindarlos bien? Deslindarlos con aplicación a las cuestiones que hoy preocupan los ánimos en España y en Europa. En vano nos creemos nosotros cuestiones especiales con las cuales nos entretendremos aquí en este círculo. Es lo cierto que en otros países civilizados de Europa están planteadas estas cuestiones que no tienen pensadas los partidos militantes de la nación española. De ahí proviene la desunión en que os encontráis divididos; de ahí proviene la desautorización de todos los Gabinetes que sucesivamente se van sucediendo; de ahí proviene que no sean escuchadas como antes voces tan autorizadas como la de los jefes de los partidos.

Ha sonado por consecuencia, ¿qué duda tiene? ha sonado la hora de la descomposición, y por consecuencia de la natural reorganización; y en esa reorganización va a suceder una cosa, que en los primeros días va a aparecer un fenómeno a primera vista asombroso, y que sin embargo no tiene nada de particular ni de extraordinario; y es, que a la hora que los campos están deslindados, tal como lo exigen las necesidades de lo presente y las eventualidades de lo porvenir, nos vamos a encontrar juntos personas que antes creíamos imposibles, absolutamente imposibles, que nos halláramos dando el mismo voto en tal ó cual cuestión determinada; va a acontecer que van a sentarse a mi lado ó progresistas, ó quien sabe? republicanos; y que van a sentarse en los bancos de enfrente, ¿quién sabe? quizás moderados realistas.

Esta es la verdad, señores; han pasado de moda cuestiones que antes nos preocupaban mucho. No importan nada a los pueblos ciertas cosas con las cuales antes se armaban, más ó menos ficticiamente, pero se armaban al cabo, revueltas y motines. Razon tenía mi amigo particular el Sr. Posada Herrera, cuando en una de las legislaturas pasadas preguntaba a los diputados que tenía enfrente: ¿qué pedazo de pan se dá a los pueblos con concederles derechos políticos? Lo que siento es que después de haber dicho tan buena frase el Sr. Posada Herrera, trate de disimularla y de darle una explicación liberalera. Lo dijo el señor Posada Herrera, y con mucha razón, con mucha oportunidad; el defecto del Sr. Posada Herrera consistió en decir frases como esa, y después empeñarse en darle una explicación que no necesitan y que no les conviene. De la misma manera que la magnífica circular que se dió en ciertos momentos y que yo con mucho gusto hubiera escrito.

El único defecto que tiene la circular es el de haber dejado algún cabo suelto, el cual ha servido al Sr. Posada Herrera para asirse a él y explicar que la circular era muy liberal. No; la circular era muy buena, era sobre buena, era excelente, porque atacaba el mal allí donde existía y porque levantaba vigorosamente la voz para combatir lo que es preciso que combatamos todos los hombres de orden.

Pero creedme: no nos entendemos, porque nos empeñamos en continuar organizados como antes, y por más esfuerzos que hagamos no nos entendemos; y si no, probad, señores diputados, probad a responderme acordes a dos ó tres preguntas que os voy a dirigir. Con tal que me deis una explicación unánime, me daré por convencido del error.

Decidme: ¿en qué quedamos de la legalidad de la democracia? ¿Podeis ponerlos de acuerdo para darme una respuesta satisfactoria? Decidme, señores diputados, ¿en qué quedamos en punto de definir el liberalismo? ¿Podeis darme una contestación unánime? No; no me la dais; y si este momento me la dais porque faltan aquí algunos diputados a quienes no veo en su asiento, de seguro que cuando ellos entren protestarán enérgicamente contra lo que me respondáis.

Y sin embargo afectais tener una misma denominación; todos os llamáis miembros de un mismo partido: todos apoyáis a un mismo Gabinete. ¿No veis que todos os engañáis unos a otros con muy buena fe; no veis que os estáis engañando a vosotros mismos? ¿No veis que queréis haceros ilusiones que pueden ser peligrosas? Examinad de una vez las cuestiones que tenemos pendientes, y resolvad.

En efecto, es menester que apuremos la pregunta que os acabo de hacer. ¿En qué quedamos, señores diputados de la mayoría? ¿En qué quedamos, señores ministros, es ó no legal la democracia? Yo necesito saberlo, el Congreso necesita saberlo, el país necesita saberlo, y yo tengo el derecho de preguntarlo: ¿en qué quedamos? ¿es ó no legal la democracia? Yo bien sé que tan pronto como un señor diputado, por cierto grande amigo mío particular y hombre de grande instrucción, el Sr. Valera, tan pronto como S. S. anunció lo que pensaba de la legalidad de la democracia, el Gobierno se levantó a sostener lo contrario por el órgano del digno Sr. Barzanallana, a la sazón ministro de Hacienda. Pero ello es que da la casualidad de que hoy, que todavía no se ha votado el mensaje de la Corona, el Sr. Barzanallana ha dejado de ser ministro de Hacienda, y las palabras del Sr. Barzanallana acerca de la legalidad de la democracia no han sido repetidas; or ningún otro de los señores ministros. Un señor ministro, el de la Gobernación, habló después, y estuvo lejos de repetir las palabras del Sr. Barzanallana. Estamos, pues, en nuestro derecho preguntando con insistencia, hasta que consigamos aclararlo: ¿qué piensa el Gobierno de la legalidad de la democracia?

Ha nombrado al señor ministro de la Gobernación, y en este momento pienso que he de tener que nombrarle varias veces en el curso de mi peroración: no hay otro remedio, estoy discutiendo de política; el señor ministro de la Gobernación ha hecho sobre ella tres ó cuatro discursos en uso de su derecho, ó por mejor decir, en cumplimiento de su obligación, y tendré necesidad de aludirle algunas veces. Necesito ántes hacer una protesta, digo mal, no necesito hacer protesta alguna, sino meramente una advertencia a algunos de los señores que me escuchan. Entre el señor ministro de la Gobernación y yo, digan lo que quieran personas interesadas en hacer graves ciertas disidencias, no puede haberlas graves nunca. El señor ministro de la Gobernación y yo no podemos nunca en ningún caso ofendernos ni ser enemigos. El Sr. González Brabo y yo hemos recogido juntos las lágrimas de nuestros padres moribundos. El Sr. González Brabo y yo hemos acompañado juntos sus cadáveres hasta la última morada, dándonos la mano, estrechándonos los corazones; el Sr. González Brabo y yo no somos, no podemos ser, no seremos nunca enemigos. Pero el Sr. González Brabo y yo podemos opinar de distinta manera, y opinando de distinta manera podemos varonilmente sostener lo que pensamos, teniendo nos reciprocamente el respeto que se tienen los caballeros y el cariño que mutuamente nos debemos. Por tanto podemos batallar con firmeza, con energía, y no ser enemigos nunca.

El Sr. González Brabo, cuando se levantaba días pasados, no repetía las palabras del Sr. Barzanallana; decía otras muy distintas; decía otras que parecían opositas. Esta duda no puede quedar, es absolutamente indispensable que el Gobierno se explique categóricamente. El Sr. Barzanallana negaba resueltamente la legalidad de la democracia. El Sr. Barzanallana combatía victoriosamente las explicaciones dadas en aquel sentido por el Sr. Valera, que luego fueron recogidas por el Sr. Alameda. ¿Y qué hacía el señor ministro de la Gobernación cuando días después se levantaba? Lo que hacía era distinguir entre el señor Valera vestido y el Sr. Valera desnudo.

Lo que hacía era decir que si el Sr. Valera se presentaba con aquellas ideas sosteniendo la legalidad democrática sin ningún paño, absolutamente ninguno, aunque fuera una ligera gasa, con pliegues que le cubrieran graciosamente y le cayeran hasta los pies; que si se presentaba sin velo ni pliegue ninguno, era absolutamente imposible pasar adelante; pero que si se pone esos paños, aunque fueran transparentes, con tal que tuviera algún pliegue que cubriera de alguna manera la completa desnudez, que entonces ya se podía pasar, ya se podía decir que no había ningún mal en sostener lo que aquí se había sostenido. Esto no es lo que había dicho el Sr. Barzanallana; esto no puede satisfacer, no solamente a los de oposición, sino ni a otros muchos de los que se sientan en los bancos de la mayoría y apoyan con sus votos al Gabinete.

Mi opinión particular sobre este punto, que no disimularé, aunque sea corriendo el peligro de equivocarme, en cuyo caso tendré una inmensa satisfacción en que el Gobierno me rectifique y se explique; mi opinión particular en este asunto es que, sobre todo de pocas horas a esta parte, estamos en pleno contemporáneo. Los señores diputados de la mayoría pueden ver si eso les gusta y les acomoda; pero mi opinión particular es que desempeñado el ministerio de la Gobernación por el Sr. González Brabo, y reforzado el Sr. González Brabo con el Sr. Castro, el Gobierno está en una situación plenamente contemporánea como si dijéramos, y de tal especie, que los que no quieren pasar por eso deben apresurarse, deben no perder tiempo en manifestar que no están al lado del Gobierno. Todo lo demás será querer hacerse ilusiones; todo lo demás será empeñarse en hacer reconciliaciones imposibles; todo lo demás será querer formar el inútil y estéril empeño de casar lo blanco con lo negro, lo claro con lo oscuro, todo lo que es absolutamente incompatible é incompatible.

La verdad es que triunfan los Sres. Alameda y Valera; la verdad es que dos diputados tan dignos como estos de que estoy hablando, tan consecuentes, y que son al mismo tiempo funcionarios públicos, por algo siguen desempeñando sus funciones. Si se trata de mí, que no reconozco las prácticas parlamentarias, no sería regla; pero el Sr. Alameda y el Sr. Valera, que aman tanto las prácticas parlamentarias, que de ellas hacen, no diré su Evangelio, pero sí su alcorán, ¿cómo es posible que, desertores de la causa parlamentaria, sirvan a un Gobierno que reniega de sus opiniones? Es indudable que el Gobierno no reniega de sus opiniones en la cuestión concreta de considerar ilegal la democracia: si no, los Sres. Alameda y Valera no continuarían apoyando al ministerio, no sirviéndolo.

¿Qué tenemos, señores ministros, qué tenemos señores diputados de la mayoría (examinado con valor, y respondido con franqueza), qué tenemos en cuanto a la legalidad de la democracia? primera pregunta. Segunda: ¿qué tenemos en cuanto a la definición del liberalismo? Porque yo dije ayer, y como nunca me precipito, tampoco me precipité por unos rumores que en el momento surgieron, y que ya me los esperaba yo; dije ayer que los partidos liberales tanto montaban como partidos revolucionarios; indiqué ayer bien claramente, y hoy lo explico más claro todavía, que a la calificación de liberal y de liberalismo he renunciado por completo: ántes tenía cuidado de no llamarme liberal, pero si me lo llamaban no me enfadaba; desde el día 8 de Diciembre de 1864 me enfadé si me lo llamaban.

Pero en fin, ya sé yo que hay gentes que distinguen entre liberalismo bueno y liberalismo malo, y no hay más remedio que apreciar esta distinción y definir con exactitud la palabra liberalismo. ¿Cómo le define y entiende el Gobierno? ¿Cómo le define y entiende la mayoría que apoya al Gobierno? Es menester saberlo y averiguarlo; no se pueden huir las cuestiones, cuando las cuestiones se vienen encima, y si de resultados de eso se pierde el apoyo de unos cuantos diputados, paciencia; que esa es la condición de este sistema. La

pregunta no es impertinente, porque yo no soy quien promueve la cuestión; no es extemporánea, porque yo no soy quien la echa en medio de la arena: la ha echado como otras mi amigo el Sr. Valera. Oid, señores diputados, la definición que ha hecho aquí en pleno Parlamento el Sr. Valera, sin que se haya opuesto el Gobierno de S. M. Yo vengo a oponerme; pero si el Gobierno está dispuesto a oponerse, libre le dejo el paso, porque le toca mejor que a mí. Si el Gobierno no se opone, yo como diputado de mi patria, me opondré y llenaré funciones que son suyas. El Sr. Valera ha dicho, sin que el Gobierno proteste, ni la mayoría a la cual pertenece el Sr. Valera, que la esencia del liberalismo consiste en el respeto de las opiniones ajenas, cualesquiera que ellas sean, manifestadas legal y pacíficamente.

Es decir, que la calificación de revolucionario sólo se merece sosteniendo las ideas en las calles á tiros ó á garrotazos; pero todas las ideas, fueren las que fueren, se pueden sostener con tal de que no sea en las calles á tiros ó á garrotazos. No turbando materialmente en aquel mismo acto, en aquel mismo momento en que se defienden, el orden público, el liberalismo, y se entiende por liberalismo la libertad de defender todo género de ideas cualesquiera que ellas sean. Es decir: libertad para el mal, libertad para el error, libertad de perdición.

Ya me lo tenía yo presumido; ya sabía yo que eso es lo que se entiende por liberalismo; ya me sabía yo que la palabra liberalismo no significa afición a las libertades políticas de un pueblo, sino que significaba esta otra fórmula, que es mas filosófica que política y que es completamente digna de reprobación por parte de todos los que amamos la libertad verdadera. ¿Cómo? Cualquiera que sea la opinión de que se trate, se puede defender con tal que sea pacíficamente. (Varios señores diputados: Y legal.) ¡Ah, señores diputados! ¿Es que el adverbio legalmente significa que las opiniones que se sustentan han de ser legales? Entonces decís un logogrifo que yo no entiendo, porque yo no sé hablar más que castellano: yo creo que el defender todas las opiniones con tal de que sea legal y pacíficamente, se refiere, y no puede por otra cosa, al modo de defender, no á lo que se defiende. O yo no entiendo bien la lengua castellana, ó las palabras legal y pacíficamente en esta definición no se refieren á las doctrinas, sino al modo de defenderlas.

Por consiguiente, la definición que tenemos sobre el tapete, y contra la cual no ha protestado el Gobierno ni han protestado los diputados de la mayoría, es que el liberalismo en el respecto á la opinión ajena sea la que fuere, cualquiera que ella sea, mientras se discuta pacífica y legalmente.

A mí se me figura que esto es grave; creo haber visto en alguno de los señores ministros una señal de que no lo tiene por grave; á mí me parece muy grave, me parece de la mayor importancia, y al señor ministro le debe parecer de más importancia que á mí por una razón muy sencilla: porque si no llegamos á ponernos de acuerdo, no lo dudo el ministerio, se le descomponen la mayoría. ¿Pues no se ha de descomponer? ¿Cómo quiere el ministerio que muchos diputados que hay aquí, que llevan el nombre de moderados, puedan consentir que un día y otro día se defiendan todas las opiniones, cualesquiera que ellas sean, por medio de la prensa ó por cualquiera de los medios que las leyes tienen establecidos, porque eso es lo que significa legal y pacíficamente; que un día y otro día, al rudo embate de la discusión, sean acometidos y atacados principios como los católicos y principios como los monárquicos? ¡Oh! se le descompondría á este Gobierno la mayoría si no nos pusieramos de acuerdo sobre esta definición: he dicho poco; se me figura que si el Gobierno se pone de acuerdo ó conmigo ó con el Sr. Valera sobre esta definición, él mismo se va á descomponer.

No tengáis duda, señores diputados; no tengáis duda, señores ministros: si decís con claridad, como debéis decirlo, que no tenéis por ilegal á la democracia; si no creéis que hay derecho de defender de manera alguna la democracia á la faz de nuestras instituciones seculares y en medio de nuestro país, se os van á ir algunos diputados: por de pronto, se me figura que se van algunos tan importantes y tan nota les como los dos que ántes he nombrado. Y si dejáis de decirlo, ó si decís lo contrario, no tengáis duda, señores ministros, se os van á ir otros diputados; si continuáis así las cosas, si entendéis así el liberalismo, muchos diputados van á dejar ahí en medio su título de moderados, se van á limpiar el polvo de los zapatos, y se van á ir á sus casas renegando como yo del nombre de liberales.

Dejando esto á un lado, sobre lo cual espero las respuestas categóricas que ha de dar el Gobierno, paso á ocuparme en otra cuestión, que es la que más ha llamado la atención del Congreso días pasados, y es una de las primeras, ó por lo menos de las principales de que trata el discurso de contestación á la Corona.

Hablo, señores, de la cuestión de Hacienda. Que es malo el estado de nuestra Hacienda, el Gobierno no lo ha dicho. El ministerio se ha servido ponerlo en los augustos labios de S. M.; y dando que no lo hubiera dicho el Gobierno, ya lo sabíamos nosotros, ya lo sabía el país; nadie lo dudaba.

Yo no conozco más que un medio de curar las enfermedades; este es el llegar á conocerlas. ¿Por qué es malo el estado de nuestra Hacienda? ¿De dónde proviene que sea malo el estado de nuestra Hacienda? Sólo se curará el mal estado de la Hacienda de España cuando seamos cuáles es el cáncer que la devora; mientras tanto, todo lo que hagamos con el enfermo, serán paliativos que no solamente no le curaran, sino que ni siquiera acortarán á aliviar su dolencia. Pues bien, señores: yo entiendo que la Hacienda está mala y no puede menos de estarlo, por dos razones esencia-

les: primera, por el espíritu de la época; segunda, por el sistema que nos rige. Que por el espíritu de la época está mal la Hacienda, no hay duda; negar esto sería cerrar los ojos á la luz de la razón. Las generaciones actuales, educadas al calor de la civilización moderna, que es calculadora, egoísta y sensual, se distinguen principalmente por el amor al fausto, por el deseo de goces materiales, por no estar nadie contento en su esfera y en su puesto, en el puesto que le ha deparado la Providencia; y naturalmente los presupuestos tienen que aumentarse de un modo considerable, y Europa toda, que no sólo España, marcha á una catástrofe, á una especie de bancarota universal. ¿Qué remedio tiene? En tiempos antiguos, señores diputados, de que ahora es costumbre y gala renegar, en tiempos antiguos, como el gran Rey de España Don Felipe II, en que se ganaban combates como el de Lepanto y batallas como la de San Quintín, y se armaban y equipaban escuadras como la invencible, ese gran Rey trabajaba y desechaba los negocios del mundo entero sentado en un modesto sillón de baqueta, y tenía delante de sí una mesa de tosca madera con un simple tapete de bayeta. Y no era su alma ajena á la contemplación entusiasta de las artes; el Escorial lo diga con sus elocuentes magníficas bóvedas; y la lonja de Sevilla; y la fachada del alcázar de Toledo, construida por Juan de Herrera.

Hay son otras las costumbres: hoy cualquier auxiliar de una secretaría necesita vivir entre raso y terciopelo; hoy el decoro y la dignidad se mide por el número de coches que cada uno tiene en su cochera, por el número de caballos que tiene en su caballería, por la ropa que viste, por los criados que mantiene; hoy se suele confundir el decoro con el lujo que ostenta el que vive de esplendor.

Todo esto resulta, señores diputados, y esto no es de ningún partido, sino de todos los partidos; no hago injuria á nadie; no estoy aludiendo á nadie; no aludo á hombres ni á grupos; estoy hablando de la época de hebreo de oro en que nos ha tocado vivir.

Pues bien, señores: ¿queréis vivir á la moderna y pagar á la antigua? Ya lo dijo el Sr. Bravo Murillo; es imposible, es absolutamente imposible. Este mal no lo ha sabido remediar el Sr. Barzanallana, no lo ha sabido remediar el Sr. Salaverri, no lo remedia el señor Castro, ni lo remedia nadie; no hay más remedio que ver aumentarse de año en año los presupuestos del Estado; no hay más remedio que decir al pueblo francamente que las necesidades de la época no consenten que se hagan grandes economías; no hay más remedio que hacerle entender al pueblo que en este siglo en que vivimos, en este período que nos toca ser contribuyentes, hay que pagar mucho para sostener el lujo del Estado y el fausto de los funcionarios.

Porque el lujo y el fausto son condiciones precisas en esta época y en la actual civilización, de la cual dice un amigo mío, gran poeta, con mucha gracia y exactitud, y me acuerdo de ello, porque en este instante lo estoy viendo.

«Prosa, querido mundo, prosa, prosa; Comer, beber, gozar, esa es la cosa.»

Este es el primer mal, y no lo evitaré el ministerio, ni lo evitaré yo, ni puede evitarlo nadie. Pero es preciso que lo digamos con sinceridad, y bueno es que el pueblo sepa que consiste eso en el fausto y el lujo que han introducido las costumbres modernas; lujo y fausto que cuestan muy caros. Y no consiste en el de las obras públicas; porque por muchos esfuerzos que hagamos, catedrales como las que se hicieron en los siglos pasados, monumentos á las artes como en tiempo de Felipe II y carreteras como las de Carlos III no las ha de hacer ningún Gobierno parlamentario. (Rumores en los bancos de los señores diputados.)

Hay además que renunciar á las economías, porque no las consiente el sistema que actualmente nos rige.

Señores diputados: sois, me he equivocado, somos 400 reyezuelos, todos exigentes, todos pedigueros. Señores diputados: desde que un ministro entra por esas puertas hasta que sale, no hace otra cosa que recoger recomendaciones, con las cuales llena los bolsillos cuando se va á la secretaría ó á su casa. Señores diputados: no se puede suprimir un sólo destino donde hacen falta más de los que hay para complacer á vosotros; me he vuelto á equivocar, para complacerlos á nosotros.

Esta parece que es la principal ocupación de todos los Gobiernos; esta es la perpetua tarea de todas las mayorías; esto acontece en los Gabinetes progresistas, en los moderados y en los de Unión liberal. ¿Hay alguno que haya sido ministro que se atreva á desmentirlo? Lo que hay que hacer de vez en cuando, y no lo censuro, porque mi censura va más alta, va al sistema, aceptado el cual es preciso aceptar todas sus consecuencias; lo que hay que hacer, á sabiendas de que no hacen falta, es aumentar las destinas públicas. Por ejemplo: cuando yo salí del ministerio de la Gobernación quedaban cuatro oficiales de cada una de las clases en que está dividida la plantilla de oficiales de secretaría; he vuelto á ver la plantilla ahora, y he visto que se ha aumentado hasta seis los oficiales de cada clase, más dos jefes de sección que no había, y una dirección que no existía en mi tiempo ni hacia falta ninguna. ¿Se han aumentado los negocios? No; ántes bien se han disminuido. ¿Pues en qué consiste? Consiste en que se crean destinos y se aumentan sueldos para recompensar servicios parlamentarios. Estas, señores diputados, la verdad; y siendo esta la verdad, no se pueden hacer economías; pues no pudiendo hacer economías, no se puede mejorar el estado de la Hacienda.

A esto hay que añadir también otra consideración importante, sobre la cual tampoco voy á hacer más que narrar, preste las cosas como son, sin censurarlas, por lo mismo que ántes dije: como estamos



perpetuamente amagados de sublevaciones, como tenemos casi siempre los motines á la puerta, no podemos disminuir el ejército; sería una imprudencia disminuir el ejército; hay más: no solamente no podemos disminuir el ejército, porque estamos siempre amenazados de motines y continuas revoluciones á la puerta, sino que tampoco podemos desentenderle. El ejército español es sumamente patriótico, digno, sufrido, valiente y sóbrio; pero está compuesto de hombres, y como está compuesto de hombres, tienen las que le componen todas las ambiciones y flaquezas que son propias de la humanidad; y el modo de que los hombres estén contentos, es que no se disminuyan sus haberes; y de aquí los proyectos de ley, como por ejemplo el de retiros militares, presentado en otra parte que no puedo nombrar según el reglamento, y que se aumente el sueldo á los oficiales de todas las armas, proyecto á que yo mismo he contribuido, y el haber del soldado.

Ahora bien, señores diputados: teniendo todo esto de por medio, ¿cómo se van á hacer economías? Pues no haciéndolas, y no pudiendo castigar los sueldos, porque el fausto y el lujo de la época no lo consiente, es imposible mejorar el estado de la Hacienda.

El Sr. Salaverría nos explicará un medio por el cual salgamos de apuros el año 65; el Sr. Barzanallana, otro por el cual salga de apuros el Tesoro del año 66; y luego otro diputado que tenga aptitud para dirigir los negocios públicos, empleará otro medio para que salgamos de apuros en el año de gracia del 67; pero salir una vez de apuros, eso no lo lograremos hasta que no castigemos el presupuesto de gastos. Es necesario pues que sepa la nación española que en este sistema parlamentario que felizmente nos rige no se puede castigar el presupuesto.

Esto, que lo sepa el país; y puesto que el país sabe que nosotros venimos aquí á hacerle feliz, que sepa lo que le cuesta la felicidad que le dan nuestros discursos.

Pero se dirá: exageraciones del Sr. Nocedal; al cabo es neo-católico. ¿Sí? ¿Exageraciones? Pues ya que me he propuesto decir al pueblo que le salen muy caros nuestros discursos y estas prácticas parlamentarias, no me he de contentar con decirlo, sino que lo voy á demostrar con números. También yo alguna vez he de hablar de números; no sólo han de ser los señores Salaverría y Barzanallana. Pues los números dicen así: presupuesto general de 1835, cuando empezaban las prácticas parlamentarias, 894.984.630 reales. Anduvo un poco el tiempo parlamentario, no más de prisa que los demás tiempos, pero sí más caro; anduvo un poco el tiempo parlamentario, y para fijarme en alguna época, me he fijado en la que empecé mi vida política, en 1843.

Pues bien: el presupuesto al empezar el régimen parlamentario era de 894 millones y un poco, y ya en esta época subió, en la época que yo entré en la vida política, en 1843, importaba 1.278.059.099 rs. Y se habían hecho magníficos argumentos, discursos de primer orden. Luego en el presupuesto de 1864 á 1865 el presupuesto ordinario sube á 2.129.169.370 reales, y el extraordinario á 429.381.270; total, 2.558.550.640 rs. Comparación: desde que empecé en España el régimen parlamentario hasta 1843 la diferencia de más consiste en 383.074.469 rs.; desde que empecé el mismo régimen parlamentario hasta hoy día los gastos públicos han aumentado 1.663.412 millones.

Esta es la verdad, esto es el resultado positivo; esto es lo que dan los números; esto es lo que encuentro en los libros que se llaman presupuestos; y ya que en esta clase de Gobierno el país debe saberlo todo, bueno es que sepa esto; y para ello agrupémosle de modo que pueda apreciarlo en lo que vale. Estos Gobiernos tienen muchas ventajas, sin duda las tienen; ¿no las han de tener? Pero tienen también sus inconvenientes; ¿no han de tenerlos también? Como todas las cosas humanas; y uno de sus inconvenientes es el de ser inmensamente caros. De ahí al que alguna que otra vez haya que presentar proyectos como el del anticipo o como el que de un momento á otro aguardamos y ha de presentar mi amigo el señor ministro de Hacienda. En fin, aunque estoy completamente seguro de que grandes economías no se pueden hacer, ni aun siquiera de tal especie que se hagan sensibles para aliviar la suerte del pobre contribuyente, todavía las que se pueden hacer, grandes ó chicas, pocas ó muchas, yo recomiendo que se hagan; y por mi parte votaré cuantas propongan los señores ministros, cuantas propongan los señores diputados y aseguren los ministros que se pueden aceptar sin detrimento del servicio público.

Pero hay una cosa que hacer, sobre la cual no puedo menos de llamar la atención de los señores diputados, y es empezar por nosotros mismos, por nuestra propia casa. Lo más elocuente para demostrar el afán de goce y de lujo que nos devora en el siglo en que vivimos, es el presupuesto del Congreso de los diputados, y es menester decirlo, puesto que estamos en Gobierno de publicidad, para que se entere de todo el país, y sepa por qué se gasta tanto, y por qué no se hacen economías. En el año de 1835, unidos ámbos Estamentos, y destinándose 60.000 rs. para una obra en el de Procuradores, importaban ámbos presupuestos reunidos 687.290 rs. Cuando entré yo á ser diputado, sólo el presupuesto del Congreso importaba 624.500 rs.; hoy sólo el presupuesto del Congreso importa 1.972.045 rs. Del Senado no hablo. Es decir, que se han triplicado los presupuestos particulares de esta casa en que nos reunimos á discutir los negocios públicos y á votar las contribuciones.

El estado á que me he referido antes es el siguiente:

GASTOS.	REALES.
Presupuestos generales de los años	
1835.	894.984.630
1843, en el que rigió el presupuesto de 1842.	1.278.059.099
1864 á 1865.	
Ordinarios.	2.129.169.370
Extraordinarios.	429.381.270
	2.558.550.640

COMPARACION.	
De 1835 á 1843 diferencia de mas.	383.074.469
De 1835 á 1864 y 1865.	1.663.566.210
Gastos de los Cuerpos colegisladores.	
Año 1835.—Ámbos Estamentos con inclusión de 60.000 rs. para obras en el de procuradores.	685.290
Año 1843.—Sólo el Congreso.	624.500
Año económico de 1864 á 1865.—Congreso.	1.972.045

## COMPARACION.

De 1835, ámbos Cuerpos, á 1864 y 65, sólo el Congreso, diferencia de mas.	1.284.735
De 1843 á dicho año actual, el Congreso, idem.	1.347.545

Lo estáis viendo: hay algo en la época, hay algo en la atmósfera que es menester atacar, y atacar con mano fuerte; hay algo en la época, hay algo en la atmósfera que nos lleva como en rauda torbellino á la bancarrota universal. Es menester hacer economías; es menester intentar un año y otro año, un día y otro día, con mano vigorosa, con ánimo esforzado: si no entramos por ese camino, yo no sé lo que va á suceder. Y no hablo ahora de revueltas y motines; hablo de grandes desdichas, de grandes catástrofes que no pueden menos de ser consecuencia inevitable de todo lo que está pasando en el país. Pues bien: una de las cosas que se necesita hacer para que haya economías, y sobre la cual desde este momento prometo á mis compañeros, á mis comitentes y á mí mismo, que insistiré en todas las legislaturas á que tenga el honor de pertenecer, es que se haga algo, lo que se pueda, lenta y paulatinamente, pero con perseverancia, en el sentido de una prudente y racional descentralización. Es menester que vayamos concluyendo con esa centralización apolítica que nos devora y arruina. Es menester que devolvamos un poco de vida á la provincia, y sobre todo, al municipio.

Es menester que se tenga alguna confianza en los pueblos; es menester que no nos empeñemos en mandarlo todo desde aquí; es menester que no nos empeñemos en que vengan aquí todos los expedientes, sean los que fueren; es menester, en fin, quitarnos de encima esa apoplejía que nos está matando y arruinando; y á la vez es menester que llevemos la vida á los extremos, con lo cual haremos economías, y no corremos tanto peligro de morir de una de esas enfermedades agudas que suelen acabar con la vida de las naciones lo mismo que con la vida de los individuos.

Es menester asimismo mejorar la administración, y como medio de mejorar la administración, prometo á mis compañeros, prometo á mis comitentes y me prometo á mí mismo, trabajar en todas las legislaturas para que quede completamente separada la vida administrativa de la vida política. Es menester que para ello empecemos por votar una ley de incompatibilidades absolutas con todo empleo público. Es menester que los empleados se vayan á trabajar á las oficinas, y que aquí vengan los contribuyentes á votar los impuestos y los hombres políticos (ya que en estos empeños), hablando á la francesa, á lo que se llama hacer política. Es menester que aquí no vengan gentes á medrar, honradamente por de contado, pero en fin, á medrar. Es menester que aquí se venga á votar leyes, á votar los impuestos, á tomar cuentas á los ministros, y á irse modestamente á su casa después á seguir viviendo de su propiedad é industria; y los empleados á las oficinas, los funcionarios á su trabajo.

Lo del abandono de las oficinas, con ser grave inconveniente, es lo de menos, señores diputados; eso no pasa más que en Madrid. A estas horas no hay un sólo empleado en las oficinas; todos están en este recinto, abajo ó arriba. Esto sin embargo no pasa más que en Madrid; pero ¿qué acontece fuera? Que no hay empleado á quien no le ocurra ser lo más pronto que pueda diputado á Cortes, para ganar en tres ó cuatro plátanos cinco ó seis ascensos, todos ellos mayúsculos é importantes. Con esta comezon perpetua y permanente, es imposible que el país esté bien administrado, ni que la política lleve el camino que debe, ni que las Cortes sean independientes, ni que se hagan prudentes y racionales economías.

A la vez con esto ganaremos otra cosa que no es de poca monta é importancia; ganaremos otra cosa que quizás quizás sea mejorar algo las elecciones; las elecciones, señores diputados, que por regla general son siempre malas; y habéisme de permitir que haya dicho por regla general, porque como he manifestado antes, he sido ministro de la Gobernación y pudiera tener la pretensión de creer que las mías fueron buenas; pero si queréis que retire la frase por regla general, la retiro, y diré que las elecciones son siempre malas.

¿Sabéis quién tiene razón en materia de elecciones? Puesto la tienen siempre, ó casi siempre, los vencidos. Aquellas enérgicas protestas que hacia el partido moderado suando estaba en el poder el partido progresista, eran justas, eran verdaderas: las que en diversas ocasiones ha hecho el partido progresista estando en el poder el partido moderado eran verdaderas, eran justas: las que este ha hecho y las que hemos hecho nosotros cuando la Unión liberal mandaba, eran legítimas, estaban apoyadas en la justicia y en la razón: muchas de las que ha hecho ahora y en ocasiones anteriores y recientes la Unión liberal, eran tan justas, eran tan verdaderas, eran tan legítimas como las que nosotros hicimos cuando nos ha tocado llevar la peliza.

Siempre quejas, siempre protestas, y esas protestas y esas quejas siempre justas y siempre verdaderas. Mal con la elección por provincias; peor por distritos. Aquí me ocurre aquello de aquel criado de una comedia de Moratin:

«En la edad está el misterio, Sr. D. Roque de Urutia.—Dale bola con la edad.—Dale con pedir consejo.» En el sistema está el misterio, señores ministros y señores diputados de la nación: en el sistema está el misterio. ¿Pues qué ha de suceder? Los señores ministros se creen, y hacen bien, que ellos son los más competentes y los más propios para sacar adelante la nave del Estado del cúmulo de dificultades y de escollos que la rodean; y tienen fe en sus convicciones, tienen fe en sus creencias, y piensan que conservándose en el poder se salva la nave del Estado. Hacen, por consiguiente, los esfuerzos más desesperados por tener aquí la mayoría. ¿Y por qué hacen estos esfuerzos? Porque hemos establecido que no teniendo aquí mayoría siempre en todo, es necesario que por todo y para todo, el Gobierno renuncie á continuar frente de los negocios.

Consecuencia inevitable de todo esto: que el Gobierno hace todo lo que puede sobre las autoridades para que estas fueren las elecciones; que las autoridades hacen cuanto pueden para influir sobre los electores, á veces sin que lo sepa el señor ministro de la Gobernación, y yendo más allá, no sólo de las instrucciones, sino de los deseos del señor ministro de la Gobernación, y por una ley natural que dirige á la humanidad, el Gobierno por seguir en su puesto, los gobernadores por seguir siendo gobernadores, y los electores influyentes por seguir siendo influyentes para monopolizar el pueblo y la provincia y convertirse en caciques que tengan á su disposición al gobernador y

á los empleados, manejando las cosas á su gusto, llegan á torcerse, á falsearse, á viciarse todas las ruedas administrativas. Esta es la verdad: bien lo saben los señores diputados: no lo digo como noticia para vosotros; es que quiero que lo sepa nuestra patria.

Me parece que no me dirigéis hoy á mí las acusaciones que dirigáis el otro día al Sr. Aparisi, mi digno compañero y amigo. No nos traes más que censuras; no traes ninguna solución práctica, decías al Sr. Aparisi; no nos dices qué debemos hacer para llegar al fin que te propones. Créo que no diréis que incurro en el mismo defecto que achacáis al Sr. Aparisi. Soluciones prácticas. Os traigo aquellas que á mí me ocurren, y os prometo que si las traéis las votaré, y que mientras no se lleven á cabo insistiré en ellas en esta legislatura, y en la siguiente, y en todas aquellas á que concurra. Economías, cuantas sean posibles; descentralización y separación de la administración y de la política por cuantos medios sean posibles, comenzando por una ley de incompatibilidades absoluta, y concluido este punto entraremos en otro que es de grandísima importancia, y sobre el cual tengo que comenzar por hacer un cargo al Gobierno de S. M. por no haberse ocupado de él en el discurso que ha puesto en los augustos lábios de S. M. El Gobierno y la comisión han debido ocuparse en la gravísima y delicada cuestión de la enseñanza pública, á no ser que el mal estado de la nación á que alude el Gobierno en el discurso que ha puesto en los augustos lábios de su majestad aluda á eso, que bien pudiera ser, porque muy claro está que la enseñanza pública es de las cosas que peor andan en toda la extensión de la Monarquía.

La enseñanza pública, base importantísima de la gobernación de los pueblos, tanto más cuanto que afecta á su porvenir; la enseñanza pública, que debe conservar en la juventud el sagrado depósito de la tradición, está completamente abandonada á ciertas manos, á ciertos instrumentos revolucionarios, de los cuales es necesario y urgente que se saque.

La enseñanza pública tiene hoy á su frente un anciano digno de respeto, digno de veneración, y es necesario, absolutamente necesario, que corresponda á lo que de él esperamos todos los que conocemos su capacidad, su ilustración y su celo. Que en la enseñanza pública hay que hacer algo, cosa es que ha conocido todo el mundo; lo han conocido los Obispos que han representado á S. M., lo han conocido los padres de familia, aun progresistas, al decir del señor ministro, y lo han conocido el Gobierno de S. M., puesto que dió aquella Real orden por la cual felicitó al Sr. Alcalá Galiano. Pero respecto de la Real orden ha sucedido una cosa que los señores diputados conocen mejor que los señores ministros. Hay aquí, no de ahora sino de siempre, un cierto sistema que ha sido plagiado en el caso presente por el Gobierno de S. M.

Este sistema consiste en lo siguiente: haré una porción de diputados que desearos de dar á cada uno algo de lo que pueden, dan á la oposición la razón, y los votos al ministerio.

Pues bien: el Gobierno ha hecho una cosa semejante: me ha dado la razón á mí con la Real orden, y al Sr. Valera con no cumplirla. El dualismo, que dicen por ahí que existe en el ministerio, se ha resuelto de esta manera: la Real orden estampada en la Gaceta se dió para hacer callar á los Obispos, á los padres de familia, aun progresistas, que habían acudido al Gobierno pidiendo remedio; pero en seguida con no cumplirla se darán por satisfechos los progresistas, los moderados, los conservadores liberales, los liberales conservadores, y aquellos diputados que en una y otra legislatura sostienen que en materia de enseñanza pública no hay nada, absolutamente nada, que hacer.

Pero han errado la cuenta, si esa ha sido la cuenta que se han echado; han errado la cuenta, los señores ministros: porque con insertar la Real orden en la Gaceta no han satisfecho á los Prelados, á los padres de familia, á algunos progresistas, al Sr. Aparisi, ni á mí; y con no cumplirla no han satisfecho al Sr. Valera, al Sr. Albarada, á los católicos, ni á los periodistas. ¿Quiénes no satisfacen, porque esos lo que querían era no sólo que no se cumpliera, sino que no se mandara.

Al llegar á este punto ya tengo el gusto, que antes no tenía de ver en su sitio á mi amigo el Sr. Valera, y tengo gran gusto de verle al llegar á este punto de mi discurso, para decirle que he comprendido perfectamente que algo de lo que nos dijo el otro día era una broma. El Sr. Valera ha nacido en las provincias de Andalucía; allí es frecuente que nazcan hombres bromistas, con mucha gracia; y el Sr. Valera es hombre dotado por el cielo de esta cualidad nativa, por decirlo así, de sus paisanos. Pues si no fuera porque el Sr. Valera es bromista, si no fuera una broma lo que nos dijo el otro día el Sr. Valera, ¿cómo era posible que nos dijese que el socialismo y el comunismo no están reunidos con el Catolicismo? Pues esto dijo el Sr. Valera: yo se lo, y al día siguiente acudí al Diario de las Sesiones por ver si yo me había equivocado, y me encontré con que el Diario de las Sesiones decía lo mismo, mismísimo, que yo asombrado había oído aquí en este sitio de los lábios del Sr. Valera, y no tenía otra respuesta que darme á mí mismo en aquel asombro en que me hallaba, que esta que estoy dando, y que someto á la explicación del mismo Sr. Valera; eso debió ser una broma. ¿Conque el socialismo y el comunismo son compatibles con el Catolicismo? ¿Con que pueden ser los católicos muy católicos, sinceramente católicos, perfectamente católicos, y ser sin embargo en sus opiniones socialistas ó comunistas? Esto es lo que escogió el Sr. Valera como motivo de sus habituales y graciosas bromas, porque esto formalmente no se puede sostener, y formalmente no se puede refutar. Esto ¿cómo lo he de refutar yo! A mí me basta con dejarlo ahí abandonado, señores diputados; á mí me basta con decirlos que todos lo habeis comprendido como yo: eso lo digo en broma el Sr. Valera.

Es verdad que decía el Sr. Valera: «pero señores, esto ¿qué tiene de particular? Los doctores en teología, allá por los siglos medios, eran todos peripatéticos, es decir, aristotélicos, y Balmes en nuestros días era cartesiano.» El Sr. Valera seguía con sus bromas, porque no podía suponer en mí, ni podía suponer en nadie, que en materias filosóficas confundiéramos lo que es la cuestión de método con la cuestión de fondo. ¿Cómo el Sr. Valera ha de venir á decir aquí formalmente lo mismo da ser en el método filosófico aristotélicos ó cartesianos, que ser partidario de las opiniones de Kraus y de Hegel? ¿Cómo he de suponer yo formalmente que el Sr. Valera diga eso con seriedad, el Sr. Valera, que sabe mucho en esta materia, cuando no ya el Sr. Valera, pero ni un principiante

de lectura de libros de filosofía pudiera decirlo aquí ni en ninguna parte? Lo que puede ser que haya sido, señores, y yo ni lo afirmo ni lo niego, lo dejo pasar; solamente lo que puede ser que haya sido es que Balmes, el ilustre Balmes, cuyo nombre vuela por toda Europa con aprobación de todos los españoles, sin excluir al Sr. Valera, que se siente, como nos sentimos todos los españoles, orgulloso de la justa fama de que goza nuestro ilustre compatriota, lo que puede ser que haya sido es que Balmes, de insignie é impercedera memoria, fuese aficionado al método de ese filósofo, al método de Descartes, en cuanto á la investigación de las abstracciones filosóficas; pero eso no es ser cartesiano, como no es ser aristotélico el ser aficionado al método de la escuela peripatética.

Esto es lo que hacían todos los filósofos en aquel tiempo, sin excluir el Ángel de las escuelas. Ya se ve, sobre esto es absolutamente imposible que discutamos aquí el Sr. Valera y yo: esto sería convertir el Congreso de los diputados en el lo que no puede ser, en lo que no debe ser; esto sería convertirlo en una academia de ciencias morales y filosóficas. Pero puesto que dejó consignado lo contrario el Sr. Valera, yo dejo consignado que he comprendido que era una broma, que he comprendido perfectamente que por saber el Sr. Valera que esto no era sitio á propósito para decir esas cosas, las dijo así en ese tono, de cualquier modo, sin pensarlas, bien separado y ageno de la idea de que pudiera decirlos de una manera que llegara al caso de que las discutieramos profundamente.

Pero en fin, es lo cierto que en la enseñanza pública en España existe un mal que han reconocido los padres de familia, los Prelados y el Gobierno de S. M. Porque lo ha reconocido el Gobierno de S. M. dió aquella Real orden que hace por sí sola el más cumplido elogio del Gobierno, y especialmente del señor ministro de Fomento. Pero en seguida le digo yo al señor ministro de Fomento: aquella Real orden ¿por qué no se cumplió? Es que ese cargo, me contestará el Gobierno, ya se nos ha hecho y ya se ha contestado; ya se ha dicho, en todos los tonos posibles é imaginables que la Real orden se ha cumplido. Es que yo tengo que decirle al Gobierno de S. M. y muy especialmente á mi digno amigo y querido el señor ministro de Fomento, que puesto que se empeña en sostener que la Real orden se cumple, yo, en cumplimiento de mi obligación, tengo que dejarle aquí hoy convicto y confeso de que la Real orden no se ha cumplido ni un solo día siquiera.

Dice la Real orden lo siguiente. No se maraville el Congreso, no se maraville tampoco el Gobierno de su majestad si yo emprendo esta discusión especial á la manera que se emprende un pleito ó un litigio que está pendiente ante los tribunales. No puedo prescindir de ello; sería faltar á mi obligación si no lo hiciera. El Gobierno ha negado que la Real orden no se ha cumplido, y yo necesito demostrarlo documentalmente.

Dice el Gobierno de S. M.:

«Pero si en la cátedra el profesor está obligado á cumplir con sus obligaciones, aun fuera de ella debe portarse de un modo que desdiga de la dignidad de maestro de que está investido. Por ley común de las cosas, tanto cuanto es alto un carácter, es rígido el deber que le está anexo... En los actos públicos y solemnes en que se declara la opinión en voz alta y se procura propagar y extender la propia, sería chocante contradicción en un catedrático la predicación de doctrinas contrarias á las leyes fundamentales del Estado, y quien así obrase se haría merecedor de severa censura.»

Es decir terminantemente la Real orden con cuya firma puede estar satisfecho y vanagloriarse mi digno amigo el señor ministro de Fomento.

Es decir: proposición mayor del sílogismo, que necesito sentar á la faz del Gobierno, no con ánimo de hacerle oposición, sino con el fin de que se emiende. Proposición mayor. El Gobierno ha creído vituperable, digno de censura y de reprobación, el predicar doctrinas contrarias á las bases constitutivas del Estado en la cátedra y fuera de la cátedra.

Proposición menor del sílogismo. Es así que la democracia no cabe en las actuales instituciones del Estado; es así igualmente que hay catedrático y catedráticos que siguen predicando públicamente la democracia.

Luego la Real orden, por lo menos en uno de sus extremos, en el que hace relación á que se prediquen doctrinas contrarias á las instituciones del Estado fuera de la cátedra, no ha tenido todavía cabal cumplimiento.

¿Es perfecto el sílogismo, si ó no? Si es perfecto, alguna de las premisas ha de ser falsa para que no sea verdadera la consecuencia. ¿Cuál es falsa de las dos proposiciones?

Pero se me dirá: hay litigio pendiente sobre el cuál no ha recaído sentencia definitiva, el de saber si es ó no legal la democracia. Esto de buena fe no se puede sostener; esto real y verdaderamente de un modo serio y formal, creo que no tiene cabida; yo espero que no se volverá á decir, yo espero que por lo menos, casi estoy de ello seguro, no se dirá por parte de ninguno de los señores ministros.

Pero doy de barato que tengamos pendiente de litigio la cuestión de si la democracia es ó no un partido legal; litigio que no admito, duda que rechazo; por decoro del Parlamento y por decoro del Gobierno de S. M., la rechazo; estoy seguro de que el Gobierno ha de decir como yo que la democracia no es un partido legal; pero en fin, supongamos que yo admito la duda, y la admito porque el señor ministro de la Gobernación dijo en otra parte contestando á este argumento: es que si al día siguiente salió un catedrático atacando al Gobierno, salió un catedrático desafiando al Gobierno, á ese catedrático no le había de ir el Gobierno á contestar en este sitio, sino que le ha de contestar en otra parte y por otros medios. Yo al momento comprendí que se hablaba de contestación que se daría en la misma forma en que se hacía el desafío, es decir, en la prensa. Busqué en los periódicos ministeriales la respuesta á ese catedrático que bajo su firma desafiaba al Gobierno en un periódico, y me hallé que se decía lo siguiente, lo mismo que decía luego el señor Valera, exactamente lo mismo:

«Que ese catedrático no se limite á defender la democracia, que ataque á la Religión católica; que ataque á la Monarquía, á la dinastía, y entonces estaremos en el caso de destituirle.»

Pues yo tendría probada la tesis con sostener que deliende la democracia. Pero quiero abandonar este terreno para decirle al Gobierno y probrarle documentalmente que estamos hace muchos días, hace muchas semanas, hace muchos meses, en el caso previsto por

al Sr. Valera, de ser atacados de una manera clara y terminante la monarquía y la Religión católica, y sin embargo, siguen los catedráticos en sus puestos, y nadie se mete con ellos, y el Gobierno sigue diciendo que se cumple y se ha cumplido la Real orden que se expidió.

«¿Qué novedad nos dice el Sr. Castelar? Esta es la respuesta que se daba á La Democracia; no hay más remedio que nombrar al Sr. Castelar; en todas estas discusiones se le viene nombrando.»

¿Y qué novedad nos dice el Sr. Castelar? ¿Qué revelación nos hace? ¿Que es democrata? Eso ya lo sabíamos nosotros, y lo sabía el Gobierno, y lo sabíamos todos, ¿Para decirnos eso ha estado juntando brios el Sr. Castelar?

«Las doctrinas democráticas, las que hasta aquí ha expuesto el Sr. Castelar y las que sigue exponiendo, nadie tiene derecho á creer que atentan á las leyes fundamentales del Estado. Se puede ser democrata y ser católico como el Sr. Castelar lo es. Se puede ser democrata y reconocer la Monarquía como base de nuestra organización social. Y el Sr. Castelar la reconoce cuando nada dice contra esto. Se puede ser democrata y dinástico, como nadie puede negar que lo es el Sr. Castelar.»

«Dijera que es republicano; dijera que no es católico, dijera que no es dinástico, y si después de decir alguna de estas cosas los que han dado la circular, al verle sentado en su cátedra y envuelto en su toga, se atemorizaban ante su olímpico aspecto, podría asegurarse con razón que el Gobierno estaba á los pies del Sr. Castelar.»

Y dice La Democracia al día siguiente para contestar á eso:

«A tan osado disparatar no había llegado ni aun la Enciclopedia del Papa.»

Y dice La Democracia:

«El teatro representa el de Variedades.»

«Una gran señora ocupa un palco; el público llena todas las localidades.»

«Una actriz de carácter dice en verso, sobre poco más ó menos, lo siguiente:

«Los títulos de nobleza que sirven para cubrir vicios y maldades no merecen más que el desprecio de las gentes honradas. La nobleza que se hereda no es nobleza; nobles son los hijos del pueblo que con su honradez y su trabajo consiguen el respeto de la multitud que mira sus hechos, producto de una vida sin mancha.»

«El público aplaude; la gran señora tuerce el hocico, como diciendo: ¡puf, qué gentuza!

«El autor, al terminarse la comedia, sube al palco de la gran señora, y le pregunta:

—¿Qué os ha parecido la comedia?

—«Has estado muy democrata, le responde la gran señora con ironía.»

«El autor se pone rojo como la grana, como si le hubieran dicho perro judío, y dice para su coletito: ¿qué entenderá esta señora por democracia?

«Te voy deciros nosotros.»

«Esto le ha parecido sin duda al Gobierno de S. M., si es que lo ha leído, que yo abriga la esperanza de que no lo haya leído, que no os atacar ninguno de los objetos sagrados á que se refiere en su contestación mi amigo el Sr. Valera.»

Pero aún es poco.

«Atención, dice el mismo periódico: Anoche una inmensa multitud...» (Lee el orador un suelto en que se dice que el público silbó unánime y estrepitosamente el retrato de ella, advirtiéndole que esta palabra ella está escrita con esas letras que se llaman versalitas)

Señores: después de esto, ¿se me dirá que este periódico, cuyo director es un catedrático de la Universidad central, no ha atacado objetos que declara inviolables la Constitución del Estado? ¿Resulta ó no convicto el Gobierno de que no cumple la Real orden en lo relativo á la publicación de doctrinas fuera de la cátedra?

Pues además he indicado que resultaría confeso; y quedará, con sólo recordarle que en esta cuestión relativa á la enseñanza pública ha habido discordancia entre el señor ministro de Fomento y el señor ministro de la Gobernación. El señor ministro de la Gobernación ha dicho que no se había infringido la circular explicando doctrina contraria á las bases de la sociedad dentro de la cátedra; el señor ministro de Fomento ha dado á entender con sinceridad plausible, que yo no puedo menos de elogiar, ha dado á entender que la Real orden está violada cometiéndose excesos fuera de la cátedra, pero que se están formando los expedientes necesarios para poner remedio á los abusos que se han cometido.

Pues bien: yo me quejo de lo que darán esos expedientes: ¿qué más expedientes que lo que acabo de leer á la faz del país? Pero en fin, tendré paciencia y esperaré que se terminen esos expedientes de que hablaba el señor ministro de Fomento; y desde ahora le digo que espero que resolverá esa cuestión con la justicia que yo tengo derecho á esperar, como esperarán todos los diputados que somos constitucionales, pero que somos monárquicos; como tienen derecho á esperar los altos intereses de la monarquía y del Estado, cuya defensa, protección y guarda está encomendada al Gabinete del que es jefe el señor duque de Valencia. Si el señor duque de Valencia que preside el Gabinete no sirve para evitar el que sea escarnecida la monarquía, escupida en el rostro, digámoslo así, entonces no tiene razón de ser el Gabinete presidido por el señor duque de Valencia. Si el señor duque de Valencia no impide, no acierta á impedir pronto, urgentemente, que la Monarquía sea escarnecida, y calumniado el pueblo de Madrid suponiendo que ha recibido con silbidos el retrato de su augusta Soberana, lo cual es una falsedad, si no acierta á impedir esto el señor duque de Valencia, que deje el puesto, porque para evitar esto es para lo que es menester que esté al frente del Gabinete y dirija la gobernación del Estado.

Pero creo que el señor presidente del Consejo de ministros ignora estas cosas: tengo que hacerle esa justicia: conozco al señor duque de Valencia, y no puedo creer, no puedo presumir siquiera, que el señor presidente del Consejo tolerara estas cosas, sabiéndolas y pasando bajo su administración. Yo le injuriaría si lo hiciera la imputación, porque lo conozco hace tiempo, de que estaba por falta de energía tolerando que por espacio de semanas enteras y por espacio de meses está siendo insultado todo cuanto merece respeto al pueblo español. No: esto no puede ser, S. S. sin duda desconocen esto: es menester que lo sepa, y es menester que extirpe, es menester que con-



claya de una vez para siempre esa propaganda, esa predicación que va a concluir de echar por tierra todo cuanto hay de más sagrado en España.

¿Cómo conmigo tanta saña, porque no me gustan las prácticas parlamentarias, que nadie me ha hecho jurar, que no están en una ley escrita, y cuando reñamo que la Constitución se cumpla se me oye con oídos desdenados?

Esto no puede ser, no será, porque siguiendo eso no estareis muchos días sentados en ese banco, que para defender los derechos sagrados de la sociedad, que para defender la monarquía, la Religión católica y la dinastía de doña Isabel II, para eso ocupáis ese banco. Esto es lo que habéis jurado al tiempo de tomar la cartera, y esto también lo jurasteis el día en que tomasteis asiento en uno de los dos Estamentos como miembros que sois de ellos.

Pues bien: no cumplís con vuestro deber ni con una mínima parte de vuestro deber, si esa propaganda continúa en la cátedra o fuera de ella. ¿Qué me importa a mí que se haya levantado un ministro del Gabinete, el Sr. Barzanallana, y haya dicho que la democracia no es un partido legal? ¿Sabe S. S. lo que han contestado al día siguiente los demócratas? Señor ministro de Hacienda, la democracia te saluda desde sus periódicos. Y yo añado: Señores ministros de la Corona, la democracia os saluda desde sus periódicos, y también desde sus cátedras.

Pero hay una cosa en la respuesta que sobre este punto ha dado el señor ministro de Fomento; hay una cosa de cierto de la cual yo quiero aprovecharme, porque habiéndola dicho el Gabinete, en lugar de servirle de defensa, le sirve de mayor cargo. Dice el señor ministro de Fomento, y dice bien y tiene muchísima razón, que la Real orden no se dio por un catedrático sólo; que no hay tal cosa; que se dio para nadie determinado. Y tiene razón S. S.: ¿póla no la tuviera! No solamente no es ese catedrático el único, sino que ese catedrático, con tanta bulla como se está haciendo con su nombre, ese catedrático es acaso el que hace más daño en la universidad central de Madrid. Mucho más daño que ese hacen catedráticos que pasan con gala por las calles la gloria de haber introducido en España con libros, traducciones y explicaciones, la filosofía panteista de Kraus.

Muchísimo más daño que ese catedrático hace algún otro que ha dicho en un acto universitario que ha venido cierto filósofo a corregir la moral de Jesucristo. Mas daño que ese catedrático de que estamos hablando todos los días hacen algunos otros que sostienen que dentro de España, dentro del Catolicismo, son admisibles, no por razón de método, sino en su esencia, las doctrinas panteistas de Hegel. (El Sr. Valera pide la palabra para alusiones personales.)

Todos esos catedráticos son mucho peores, son mucho más perniciosos que el Sr. Castelar, lo cual no quiero decir que el Sr. Castelar no lo sea igualmente. Pero el Sr. Castelar, por su naturaleza naturalmente expansiva, naturalmente franca, naturalmente, ¿por qué no lo he de decir? generosa, lleva siempre delante de sí sus doctrinas, las va paseando con ostentación y estruendo, y ese mismo estruendo y vanidoso aparato sirve a todos de escudo y defensa. Pero cuando estáis otros, y no con igual estruendo, no con naturaleza tan franca como la del Sr. Castelar, allí dentro de su cátedra y en los actos universitarios á los cuales he sido concurrido, y en libros y folletos que cuando se reparten entre los discípulos, y en libros de texto que ellos han traducido del francés ó del alemán, si es que lo saben, introducen doctrinas evidentemente peores que las que está defendiendo el señor Castelar, que son por cierto bien malas, tiene razón mi amigo el señor ministro de Fomento al decir que no se ha dado la Real orden sólo para el señor Castelar.

Pero, entonces, digo yo, que si razón había como cuatro para que la Real orden se cumpliera, ahora la hay como cuarenta ó como cuarenta mil. ¿Por qué no se cumple esa circular? ¿Cuándo se cumplirá? ¿Cuándo firmarán los expedientes? Yo ruego al señor ministro, ruego al Gabinete entero, no en son de oposición, sino en son de súplica por un lado y en son de consejo por otro, que terminen prontamente esos expedientes, y que no sea lo que en España solemos llamar irónicamente hablando expedientes, para pasar días, para ganar tiempo y que las cuestiones no se resuelvan jamás.

Y de la cuestión de imprenta ¿qué os diría yo, señores diputados, si quisiera entrar en el fondo de ella? ¿Qué os diría si os manifestase aquí lo que todos los días están leyendo cuantos tienen ó la precisión ó el gusto de envanecerse con la lectura de los papeles periódicos? ¿Qué os diría si yo desenvolviera aquí á vuestra vista la colección bastante numerosa que traigo de periódicos, en todos los cuales se contienen, día por día, porción de insultos dirigidos á instituciones y personas declaradas inviolables por las leyes del Estado, no antes de la circular del señor ministro de la Gobernación, que eso ya lo confesaba S. S., sino después de la circular en que ha seguido haciéndose precisamente lo mismo? En ese caso, ¿para qué se dio la circular?

A propósito de la circular, si no fuera una cosa tan discutida y ya traída y llevada en uno y otro Estamento, no podría menos de dirigir al señor ministro de la Gobernación algunos cargos. Aquella confesión paladina de que se había estado infringiendo las leyes hasta terminadas las elecciones, no es para condenada, que ella se condena á sí propia; aquella explicación, aquella disculpa, aquella justificación de que durante el período electoral se permitió todo género de ataques, no es para discutida ni para examinada; pero yo voy á dirigir una pregunta: ¿por qué permitir la discusión de todo cuando duran las elecciones? Pues qué, cuando se hacen elecciones, se pone á votación en los colegios ni la Religión ni el Trono? Confieso de buena fe que todo aquello que se ponga á discusión en la votación de los colegios, debe, mientras dure el período electoral, ser libremente discutido. ¿Pero se pone á votación en los colegios electorales la Religión, el Trono y la dinastía? ¿Si ó no? Claro es que no. Pues entonces, ¿qué explicación es la que se da en uno de los primeros párrafos de la circular, según el cual todo eso se consintió porque estábamos en ese período? Eso no es justificación; eso no es razón; eso no es siquiera disculpa; eso mejor era para callarlo.

Pero en fin, ya se hizo; y yo, en el momento mismo en que alguno se presenta y dice: «he hecho mal, pero en adelante aseguro que procederé de otro modo», me quedo sin fuerzas para censurar lo pasado. Será mal hecho, pero ¿qué le he de hacer? No lo puedo remediar. Ni está mal hecho tampoco: es muy antiguo

abrir los brazos al arrepentimiento, es natural esto, y aun se manda en el Evangelio. ¿Quién ignora la historia del hijo pródigo? ¿Quién no busca con afán y recoge con gusto la única oveja descarriada y se la lleva á su redil? Perdon, pues, para las faltas pasadas. Pero en el momento mismo que se dio la circular, ¿por qué se la ha consentido lo mismo que antes? Desde el momento que la circular apareció en la Gaceta, ¿por qué continuán los periódicos atacando todos los días, entendiéndolo bien el Gabinete, á la Religión, al sagrado carácter de los ministros de la Religión, al Trono de nuestros mayores, y á la augusta dinastía que reina sobre nosotros?

Y á este propósito recuerdo perfectamente que mi digno amigo el Sr. Arrazola, contestando días pasados al Sr. Aparisi, decía: ¿por qué hemos de hacer nosotros sino cumplir las leyes? Si las leyes nos dejan desarmados é indefensos ¿qué hemos de hacer? En lugar de esas vagas acusaciones y de esas peroraciones sin objeto del Sr. Aparisi, lo que nos debía mostrar son las armas que debíamos haber esgrimido, y que no hemos esgrimido, son los artículos de la ley que podíamos haber empleado, y que hemos dejado de emplear. Debo recordar al Sr. Arrazola que esta era la única respuesta que daba á mi querido amigo el señor Aparisi. Pues bien: yo vengo á decir al Sr. Arrazola, yo vengo á decir al señor ministro de la Gobernación, yo vengo á decir á todos los señores ministros que sin duda no han leído todavía la ley de imprenta que rige en España. Esa ley de imprenta ciertamente que no es buena; no extrañe que lo diga el Sr. Cánovas, puesto que la combatí siendo diputado cuando su señoría la presentó.

Esta ley de imprenta ha sido ni más ni menos que echar á perder la mía, que si no era perfecta porque nada sale perfecto de mano de los hombres, era por lo menos un sistema completo; y desde el día que se puso mano en ella anteceñeron todas las cosas que el Sr. Cánovas sabe y los señores ministros también; acoté que salió exacta mi profecía. ¿No lo recuerdan el Sr. Cánovas? ¿No lo recuerdan todos los señores diputados? Yo dije: vais á tocar á mi ley, y dentro de poco van á decir: ¿no os aterra? que sois peores que Nocedal. En efecto, á los pocos meses se reunió un consejo de guerra, para juzgar un artículo de un periódico, cosa que jamás se había visto en siete años que llevaba mi ley. No hay que decir que yo la aplicé en ese tiempo, porque mi ley la manejé sólo dos meses, cinco años el Sr. Posada Herrera, y luego el Sr. Vahamonde; y sin embargo, no tuvo nunca consejos de guerra que juzgasen á los periódicos hasta que se refundió mi obra. ¿Y por qué? Porque se la echó á perder.

Yo aconsejaba de buena fe á aquel Gabinete, como á todos aquellos á quienes dirijo mis observaciones, y mucho más en aquella ocasión, siendo yo el autor de la ley primitiva; yo decía: el Sr. Cánovas, persona tan digna y amiga mía, es sin duda muy competente para componer, para recomponer, y hasta valiéndose de un término casero, para remendar la ley; pero es mucho mejor presentar una nueva ley bajo un sistema claro y definido.

Decía: tal como es la ley, que no es buena, el señor Arrazola, ó no la ha leído, ó no la recorda cuando preguntaba á mi digno amigo el Sr. Aparisi qué artículos se debían de cumplir para reprimir los males de que se quejaba. ¿Qué artículos? El 6.º y el 26.º, que son claros y terminantes, y que no se cumplen en España desde que rije la ley. Dice el art. 6.º: «No se publicará escrito alguno sobre dogma de nuestra Santa Religión, sobre Sagrada Escritura ó moral cristiana, sin la aprobación del obispo».

¿No ha leído nunca el Sr. Arrazola allá á solas en su casa algún artículo de periódico que debiera haber sido incluido en el art. 6.º de la ley de imprenta á propósito de doctrina sobre moral cristiana? En estos pasados días, ¿no ha leído el Sr. Arrazola una porción de artículos que algunos periódicos han escrito acerca de la última Enciclica de Su Santidad, que han debido ser sometidos á la previa aprobación del obispo? Pues que medite S. S. sobre esto, y verá hasta qué punto es exacto lo que acabo de decir.

Pero si la cita no le parece satisfactoria, que sin duda alguna por lo menos no es de fácil solución, á juzgar por la especie de pequeño consejo á que ha dado lugar para contestar; si la cita no le parece satisfactoria, deseo ver cómo me contesta á esta otra.

Art. 26.º «Los delitos de la misma especie que no estando comprendidos en el Código penal se cometan atacando ó ridiculizando la Religión católica, apostólica romana y su culto, ó ofendiendo el sagrado carácter de sus ministros, serán castigados con la pena de arresto mayor».

«Si se cometieren excitando á la abolición ó cambio de la misma Religión ó á que se permita el culto de cualquiera otra, la pena será de prisión correccional».

«En uno y otro caso se impondrá la multa de 100 á 500 duros».

¿No ha leído el Sr. Arrazola desde que es ministro ningún artículo en que se haya atacado el sagrado carácter de ministros de la Religión católica apostólica romana? ¿Por ventura, comencemos por el primero, negaré este carácter al Sumo Pontífice el señor ministro de Gracia y Justicia? ¿Lo negará nuestro propio obispo de Toledo, indignamente atacado, indignamente vilipendiado con su nombre y apellido en los periódicos, á ciencia y presencia del Gobierno de su majestad, existiendo este artículo de la ley tan indignamente hollado é inobservado? Pues ya esta ley no es la obra de ningún reaccionario; ya no es la obra de ningún neo-católico; ya no se puede decir aquello de: «Es la ley del Sr. Nocedal; la mantenemos porque no hemos tenido tiempo para reemplazarla por otra; pero cumpliría no se puede, porque es exagerada».

¿Decís lo mismo del Sr. Cánovas del Castillo? Pues del Sr. Cánovas del Castillo es la ley, y este artículo de la ley ha estado completamente hollado, y vilipendiado las personas de casi todos los Prelados de la Iglesia española y la persona tres veces santa del Pontífice Romano.

Pero oigo decir todos días, y es la contestación definitiva que sobre este asunto se da: «No tengan impaciencia los señores diputados»; es decir: contengan su impaciencia los hombres de orden de todos los partidos, porque al fin y al cabo dentro de muy pocos días se va á traer aquí un proyecto de ley. Sobre este proyecto de ley oigan un consejo los señores ministros, y muy especialmente el digno presidente del Gabinete señor duque de Valencia. Yo ruego al señor duque de Valencia, en nombre de los más sagrados intereses de nuestra patria amada; yo ruego al

señor duque de Valencia en nombre de sus antecedentes, en nombre de su historia política, que no abandone, que no permita que nadie abandone, siendo el jefe del Gabinete, el sistema constante y perpetuo del partido moderado, que es el preventivo, que es el de la recogida previa; es el sistema que ha observado siempre el partido de que se llama jefe, y lo es en efecto, el señor duque de Valencia. Ese es el sistema que ha regido aquí, unas veces de hecho, y desde que yo tuve la honra de ser ministro de la Gobernación, de derecho, cuando ha regido los destinos del país ese partido de que es jefe el duque de Valencia.

Que no lo abandone por Dios, que no se meta en cosas peligrosas y aventuradas, que no haga ahora, al cabo de sus días, nuevas experiencias, que es probable le salgan muy mal; con aquel otro sistema le ha ido bien; con aquel otro le ha tenido contentos y satisfechos á todos sus correligionarios y amigos políticos, perfectamente guardados y asegurados todas las bases en que descansaba la sociedad española. Que persista, que persevera en él, que no haga ahora mudanzas que son peligrosas, que son aventuradas, que no se meta en un camino nuevo, que siga esa senda que siempre ha dado resultados buenos y los seguirá dando. La previa recogida, el previo examen, el sistema preventivo: no hay otro camino, no hay otro medio de poner á salvo los objetos que la Constitución declara inviolables. Siga S. S. ese sistema; siga el de su historia; siga el de sus antecedentes; siga el de los precedentes de su partido, y ésa que es el más propio para la buena gobernación de nuestra patria.

Oiga esto como el consejo de un amigo leal, como el consejo de un hombre que no le quiere mal, si bien no tiene nada que ver lo que le quiere á él ni á hombre alguno con lo que ama á su patria. No hay que dudarlo: los grandes intereses de la patria van á quedar abandonados con el sistema represivo; los grandes intereses de la patria van á encontrar la protección ni la ayuda que las leyes les deben dispensar, y tiene además el inconveniente de que en muchos casos van á sufrir los periodistas, y lo que es peor y más inhumano, los editores, verdaderas crueldades, horribles crueldades.

No soy partidario, yo no puedo ser partidario de que se trate al escritor como se trata á un malhechor cualquiera; eso no se puede hacer sino en los delitos que están previstos en el Código penal; pero por medio de la imprenta se cometen muchos delitos, muchos delitos que no están, ni pueden estar, ni estarán nunca previstos en el Código penal; y una de dos: ó aplicárase la pena del Código, ó dejarlos impunes; y eso no se puede hacer, porque sufriría la sociedad, de quien somos defensores.

Oiga también el señor presidente del Consejo otro consejo leal para cuando traiga el proyecto de ley de imprenta: no sólo no renuncie al sistema del previo examen y de la previa recogida, sino que añada además una cosa, que andándole el tiempo es indispensable que haga, aun cuando no esté prevista en la ley. Es menester que con ciertas condiciones que se han de establecer en la ley que se promulgue, se arme el Gobierno con la facultad de suprimir alguna vez los periódicos. Yo le anuncio al Gobierno que, aunque en la ley no lo ponga, algún día lo va á tener que hacer; más vale que lo ponga en la ley, y así el día que lo haga cumplirá con una prescripción de la ley, y no dará una especie de golpe de Estado para salvar á la sociedad.

A este propósito, y porque con esto se roza y enlaza, tengo que decir una cosa á los señores Valera y Alameda, que no he podido decir antes cuando me ocupaba en el asunto de la legalidad de la democracia, porque no estaban SS. SS. presentes y no me podían contestar. Pero como yo no podía interrumpir el hilo de mi discurso, hablé del asunto, aunque dejando un punto muy importante para cuando estuvieran presentes SS. SS., y aquí viene muy a propósito. Se ha dicho que la legalidad de la democracia está autorizada y consentida con el ejemplo de los Gobiernos moderados, uno de ellos presidido por el señor duque de Valencia, siendo ministro de la Gobernación el conde de San Luis; otro de ellos presidido por el Sr. Bravo Murillo, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Bertran de Lis, y su secretario, y el Sr. Castro gobernador de la provincia de Madrid; y tengo que decir á los señores Valera y Alameda que en los ejemplos que han citado están perfectamente equivocados: en el uno me lo parece, y en el otro estoy seguro de que están perfectamente equivocados.

Señores: no hay que hacerse ilusiones; no hay que faltar, no á las banderas por supuesto, sino por error, á la verdad de los hechos. El partido democrático ha nacido en España el año 1834: antes de esa época había una especie de vanguardia del partido progresista, que se componía de unos cuantos señores que no renegaban del nombre de progresistas, pero vanguardia de su partido; y era entonces interés de los Gobiernos moderados que concluyeran de hacer su separación y su cisma de la gran masa del partido progresista; pero estos señores nunca hicieron profesión de fe democrática, ni se declararon enemigos de las instituciones, de la unidad católica, del Trono, de la dinastía, ni de nada de lo que en España es fundamental.

No se pueden pues aplicar aquellos casos como ejemplos de que el partido moderado haya autorizado la legalidad del partido democrático, siendo así que sólo desde 1834 la democracia es un partido con doctrinas propias, con bandera desplegada, con principios fijos y definidos, frente á frente de la Constitución del Estado. Pero hay más: si por esta razón digo que me parece que no es aplicable al caso que citaban los señores Valera y Alameda el ejemplo del Gabinete presidido por el señor duque de Valencia, relativamente al presidido por el Sr. Bravo Murillo, tengo que recordar al Congreso una cosa más importante todavía, y es, que habiéndose aquí pronunciado la palabra democracia, habiéndose dado el título de democrata al diputado señor Figueras, el señor ministro de la Gobernación, entonces, por consecuencia mi dignísimo jefe y siempre mi digno amigo el Sr. Bertran de Lis, se levantó á protestar en nombre del Gobierno, á negar la legitimidad de esa calificación, y á negar que hubiera tenido ese carácter la reunión del teatro del Circo.

Esto lo habían olvidado los señores Alameda y Valera, y es bueno recordarlo para que SS. SS. lo sepan, y lo sepa también el país, puesto que se ponen como ejemplo y como modelo Gobiernos que precisamente habían hecho todo lo contrario, levantándose aquí á protestar contra esa calificación el digno señor ministro de la Gobernación, el cual por otra parte no ne-

cesitaba hacerlo, porque aquel Gobierno suprimió por demócratas dos periódicos, el uno intitulado *La Europa*, y el otro que se publicaba en Cataluña llamado *El Barcelonés*. Véase hasta qué punto estarían dispuestos á consentir la legalidad de la democracia, mientras que suprimían periódicos democráticos sin estar autorizados por la ley, por lo cual vinieron con un proyecto de ley al Congreso con el objeto de que se sirviera dispensarles de la falta que habían cometido, falta de que en efecto fueron dispensados.

Hace poco rato, señores diputados, tuve ocasión en el discurso de esta peroración, que teneis la bondad de escuchar con una benevolencia que nunca os podré agradecer bastante, tuve ocasión de nombrar la Enciclica de Su Santidad. A propósito de la Enciclica y de Su Santidad, debo decir algunas palabras al Gobierno, porque de ellas se ha hablado en el Parlamento español, sin que se haya opuesto á las palabras que sobre ella se han dicho el correctivo que es necesario, que es indispensable que se ponga en una ú otra forma. Comprendo que el Gobierno no lo hiciera, el Gobierno había entrado por un camino que no me parece bueno; pero al fin y al cabo, había entrado por aquel camino, y una vez entrado en él, una vez que ha tomado esa senda, hasta que esa senda termine, comprendo que no dé contestación á ciertas palabras pronunciadas por un miembro de la Unión liberal acerca de la Enciclica. Pero es lo cierto, que sobre la Enciclica se han dicho en España y en el Parlamento español cosas que no pueden pasar sin correctivo, aparte de que de ella se ha hablado en todos los periódicos de España y fuera de España, y aparte de que es un documento de tal especie que de él se puede hablar, hálase ó no hablado en otra parte.

Señores diputados: ¿qué es la Enciclica de Su Santidad? ¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Se han movido los ejércitos de Europa para ir á disputarse la posesión de la Grima ó los fértiles campos de la Lombardía ó la influencia en Italia? ¿Se han puesto en movimiento las armadas de las naciones marítimas para disputarse el dominio de los mares? ¿Qué ha pasado para que se mueva tanto ruido y tanta algazara en todos los Gobiernos, en todas las cancillerías y en todos los países católicos ó protestantes? ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? Que un anciano solo, abandonado de todos los poderosos de la tierra, guarnecido por soldados que no son suyos, levanta su voz ante la asamblea Europa, y la Europa se conmueve. ¿Qué significa esa conmoción ante las palabras de un anciano débil y desvalido? Significa que esa palabra viene de lo alto; y de ello damos todos testimonio, nosotros con nuestro acatamiento y otros con su horrible desprecio y sus blasfemias. Ese desprecio y esas blasfemias significan lo mismo que nuestro profundo acatamiento: que es digna de respeto y de reverencia porque viene de lo alto la voz del débil y abandonado anciano que ha conmovido todos los ámbitos de la Europa y del mundo civilizado.

Que la Enciclica ha sido publicada en España, y ha sido publicada en España contraviniendo las leyes del reino y lo que se llama las regalías de la Corona.

¿Las regalías de la Corona? ¿Quiénes hablan de regalías de la Corona? ¿Quiénes decimos, señores diputados, quiénes son los que hablan más en alta voz de las regalías de la Corona? Hablan de las regalías de la Corona unos partidos y unas individualidades que no quieren bien á la Corona y no quieren ningún género de regalías. Hablan principalmente de regalías de la Corona los partidos y los hombres que desconocen todos los atributos constitucionales de la Monarquía. Y para que el absurdo sea más grande, para que real y verdaderamente sea un absurdo, quieren que no se publiquen en virtud de las regalías de la Corona, que no se publiquen desde luego por los Prelados del reino, las Enciclicas de Su Santidad. ¿Quiénes, señores diputados? ¿Los que no quieren que haya exequatur ni necesidad del pase para lo que dicen los pontífices de los partidos. Contemplad el espectáculo, señores diputados, que os dan.

Se reúnen siete ó ocho pontífices que se llaman comités. Primero tienen su concilio ó conciliábulo; después, sin pedir permiso á nadie, lanzan una especie de epístola doctrinal para que se sometan á ella todos los miembros de su partido. Una vez lo hace eso el pontífice Español ó el pontífice Olzaga, ó el pontífice Madoz, ó el pontífice Aguirre; otras veces hacen eso los pontífices Rivero y Castelar; otras veces los pontífices moderados; otras los de la Unión liberal. Pues todo eso que pueden hacer esos que se llaman los pontífices de los partidos, todo eso le está vedado á un sólo pontífice. ¿Cuál? Al Pontífice verdadero, al Vicario de Dios en la tierra.

Pues bien, ya salió la epístola doctrinal; de mano de los pontífices del comité llega á los centros subterráneos, y estos centros se apresuran á comunicarla á todos sus adeptos para que les sirva de regla de conducta y de doctrina, y nadie se opone, y se llama profanación, y se dice tiranía el oponerse á todo eso.

Pero las palabras del Pontífice verdadero, del Pontífice Romano, si son tomadas por los Obispos en cumplimiento de sus obligaciones, si son tomadas por los Obispos y propagadas en su grey, entonces se exclama: ¿por qué? ¿cábalmente por los otros pontífices que no respetan regala ninguna, por los que no quieren exequatur para las epístolas más ó menos doctrinales de sus respectivos comités. *Risum teneatis, amici.*

¿Qué significa esto, señores diputados? ¿Qué significa, señores ministros? Significa una cosa que ya el otro día indicé con grandísima agudeza, aun cuando movido por razones opuestas á las mías, el Sr. Valera; significa que las regalías son una antigua y ridícula, con sus puntos y ribetes de escandalosa.

Pero es que al fin y al cabo hay una ley del reino que prohíbe que se haga esa publicación, y si existe esa ley es menester respetarla. En primer lugar, ¿estáis seguros de que es obligatoria esa que llamais ley del reino? ¿Habéis examinado eso á fondo, lo habéis estudiado fundamentalmente? ¿Es ley del reino esa? ¿Es obligatoria? ¿Lo fué nunca? Dudo que eso, si en alguna ocasión ha sido ley obligatoria, esté vigente. Dudo que haya sido ley que no esté derogada. ¿Rige con los documentos puramente doctrinales que emanan del Santo Sínodo? Esta es la cuestión, y yo habría querido que se hubiera examinado por el señor ministro de Gracia y Justicia antes de pasar la Enciclica al examen del Consejo de Estado. ¿Por qué? Por lo que dije antes: porque el Gobierno á mi juicio había entrado en un mal camino, y eso tenía yo que censurarle, y en efecto lo censuro.

Esta Enciclica no tenía para qué pasar al Consejo de Estado, ¿para qué había de pasar al Consejo de

Estado? Esa Enciclica no está sujeta, no puede someterse al *regium exequatur*. El paso, pues, dado por el Gobierno al consultar al Consejo sobre si ha de dar ó no el *exequatur*, es un paso digno de censura, contrario á las leyes del reino, y que afecta muy esencialmente al Concordato.

Supongamos por un momento, yo no lo sé, á mí no me importa, que el Consejo de Estado se divida en esta cuestión; supongamos que una parte dice que se dé el *exequatur*, y otra parte más ó menos numerosa dice que se debe negar en todo ó en parte: pues bien; yo declaro que lo que el Gobierno ha debido hacer es no dar lugar á esta cuestión; que lo que el Gobierno ha debido hacer es no preguntar nada á nadie sobre la Enciclica, porque la Enciclica no necesita ni tiene para qué obtener el *regium exequatur*.

Se habla de las leyes de Carlos III. En primer lugar, oye uno decir todos los días que las regalías de la Corona, ó por lo menos esta del *regium exequatur*, proviene de la bula de Alejandro VI y de una ley de los Reyes Católicos, recopilada por la majestad de Felipe II. Esto quiere decir el señor ministro de Gracia y Justicia cuando ha dicho en otra parte que la regala cuenta cuatrocientos años de existencia.

Pero esto, no lo dirá el señor ministro de Gracia y Justicia por broma, porque no es andaluz ni joven, y no puede decir nada que no sea verdadero ó no ser por una equivocación. Y en efecto, se equivoca. ¿Cómo ha de decir S. S. que el *regium exequatur* tiene cuatrocientos años? ¿Cómo ha de decir que habla del *regium exequatur* la bula de Alejandro VI ni la ley de los Reyes Católicos? Catedrático ha sido de leyes el Sr. Arrazola, parte de lo que sé á S. S. se lo debo, y bien sabe que ni Alejandro VI dejó tal cosa en su bula ni los Reyes católicos en su ley. La bula de Alejandro VI somete el conocimiento de los breves pontificios para saber si son apócrifos ó verdaderos, no al Rey, sino al obispo; á los Prelados, y no al Consejo de Estado. No tiene nada que ver con el *regium exequatur*, y por consecuencia la Cámara del Consejo de Castilla y el Consejo de Estado sólo han entendido en estas cuestiones desde la ley emanada de la filosofía enciclopedista, desde los tiempos del Rey D. Carlos III, que Dios haya perdonado.

Pues bien: sabe el señor ministro de Gracia y Justicia mucho mejor que yo, sabe el ministro de Estado también mejor que yo, lo sabe todo el Gobierno que es gran cuestión en Francia, y no puede menos de serlo, los famosos artículos orgánicos añadidos por el Emperador al Concordato, lo de obligar ó no á la Santa Sede; y yo no tengo que hacer más que indicar esta cuestión á personas tan peritas, para hacerlas comprender que en ese mismo caso se encuentra la ley recopilada que emana de la majestad de D. Carlos III. Para arreglar las relaciones entre los Reyes y la Santa Sede, no hay más que un modo en los países católicos, y es hacer Concordatos entre ambas potestades. ¿Me da noticia el señor ministro de Gracia y Justicia ó el señor ministro de Estado de algún Concordato en que se hable del *regium exequatur*? ¿Me da noticia de algún documento emanado de la Santa Sede en que esté reconocido? El día que me den noticias de eso, podré conceder al decreto de Carlos III fuerza de ley, que por ahora le niego, porque las relaciones entre la Iglesia y el Estado las establecen los Concordatos, y porque sólo es ley en estas materias lo que de acuerdo con la Santa Sede se arregle y determine.

No es doctrina esta corriente en las naciones católicas. (El señor ministro de Estado hizo un signo negativo.) Pues es doctrina corriente del partido moderado, que siempre ha acusado al progresista de que se mezcla en las cuestiones de la Iglesia sin contar con el Papa. Pues ¿cómo se quiere dar ahora fuerza de Concordato á una ley que emana sólo de la potestad Real? Pero aún dabo caso de que esta ley que arregla las relaciones entre ambas potestades tenga fuerza y obligue, que no la tiene porque no está concordada, esta ley está derogada implícita y explícitamente por varios artículos del Concordato. Está derogada en los artículos 1.º, 4.º y 45 del Concordato vigente.

Si no fuera porque ya he molestado mucho tiempo la atención del Congreso, y si no fuera porque los artículos del Concordato son tan claros, tan explícitos y tan categóricos que toda explicación es por demás, yo me detendría á demostrar que la ley de Carlos III está derogada por esos artículos y por el 44 del Concordato, el cual si que no puedo menos de leer. Dice así:

Art. 44. «El Santo Padre y S. M. C. declaran que salvará é illesas las Reales prerogativas de la Corona de España, en conformidad de los convenios anteriormente celebrados entre ambas potestades. Y por tanto, los referidos convenios, y en especial el que se celebró entre el Sumo Pontífice Benedicto XIV y el Rey Católico Fernando VI en el año 1753, se declaran confirmados y seguirán en su pleno vigor en todo lo que no se altere ó modifique por el presente».

De suerte que para resolver la cuestión es menester tener presente si las Reales prerogativas de la Corona quedan vigentes por el Concordato: todo aquello que no se haya concordado por las dos potestades, no sólo no queda vigente, si no que en rigor no existe. Si no significa esto, ¿por qué continúa diciendo á renglón seguido el mismo artículo: «Y por tanto, los referidos convenios, y en especial el que se celebró, etc?»

Esta consecuencia que se saca de la primera parte del artículo, en su parte segunda revela de una manera clara y evidente que no da lugar á interpretaciones ni á tergiversaciones ni á duda ninguna, que solamente están vigentes las regalías de la Corona que están concordadas. Y si no ¿de qué se trata? ¿Se trata de que esa regala es inherente á la Corona de España, ó á la Corona ninguna de ningún Rey católico?

¿Es que va á sostener eso el Gobierno de su majestad? ¡Oh! no; yo no lo espero. ¿Y cómo he de esperar yo de un Gobierno que preside el duque de Valencia y de que forman parte los Sres. Arrazola y Seijas Lozano, que sostenga ni por un momento que es derecho inherente á la Corona el *regium exequatur*, concedido ó no Su Santidad en solas Concordatos? No se comprendiera semejante cosa; y la ley misma de los Reyes Católicos, la bula de Alejandro VI y la ley de Felipe II, se volverían contra quien tal sostuviera; porque la ley de los Reyes Católicos, la bula de Alejandro VI y la ley de Felipe II revelan que ese *exequatur*, tal como allí se establece, que no es el de estos tiempos, es debido á concesiones de la Silla apostólica.

Esta es la doctrina corriente, la doctrina verdaderamente católica, y no espero que la contradigan, ni el señor ministro de Gracia y Justicia, ni ningún ju-



resistencia? ¿También decía esto formalmente el señor Posada Herrera? ¿Es por ventura la facilidad con que se ha allanado la resistencia del reino de Nápoles? ¿Pues ignora el Sr. Posada Herrera que en aquella guerra civil, hizo mal en llamarla guerra civil, que en aquella lucha en que un pueblo valiente defendió su independencia contra usurpadores que á mano armada querían sujetarle á la coyunda extranjera y al carro del artero vencedor, ignora el Sr. Posada que para vencer esa resistencia ha sido necesario, según confesión de los propios piemonteses en documentos oficiales, pasarlo todo á cuchillo, fusilar á millares de gentes tranquilas y pacíficas, y arrasar pueblos enteros de 5 ó 7,000 almas?

¿Dónde vive el Sr. Posada Herrera que no sabe nada de eso? ¿Dónde ha estado el Sr. Posada Herrera que no sabe que en las Cámaras inglesas se han levantado voces en nombre de la humanidad sobre las crueldades que tenían lugar en Nápoles?

¿Ignora S. S. que algunos individuos de las Cámaras de los Lores y de los Comunes han venido á declarar que han visto en las cárceles de Nápoles á los defensores del Rey legítimo Francisco II, y que han sido testigos de que se les daba á comer un pan que en Inglaterra no se puede echar ni aún á los perros? Esa es la facilidad con que se han allanado resistencias que todavía no están vencidas, y esa es la unanimidad de votos que no ha existido jamás...

Pero en fin, yo quiero suponer que llegue un día, que llegue un caso en que España deba ceder en alguna de las opiniones que tenga respecto á los Principes cuyos derechos, cuya legitimidad debe ser sostenida por el Gobierno de S. M. mientras quepa en los límites de lo posible; quiero suponer que el Gobierno no desconozca esa obligación; pero quiero suponer también, al menos por un momento, que llegue una ocasión en que sea necesario que España ceda en este punto.

España podrá ceder por su propia conveniencia; la Reina puede ceder por amor de España, que por amor de España está muy acostumbrada á hacer grandes sacrificios nuestra augusta Soberana. Pero enténdase bien: eso puede hacerse en lo relativo á los Principes desposeídos, pero de ninguna manera en lo relativo al territorio de que ha sido despojada la Santa Sede.

Eso nunca, en ningún caso, hasta que no haya renunciado por un acto de su espontánea y libre voluntad el Sumo Pontífice. El Gobierno que otra cosa haga, el Gobierno que no aguarde la renuncia espontánea y libre del mismo Sumo Pontífice, arrancará de la Corona de España el más bello de todos sus flujos, y arrancará á nuestra historia uno de los timbres más gloriosos. ¡Oh! No, no puede haber un Gobierno español que haga esto, porque eso significaría para la España la deshonra y el vilipendio. España ha sido el campeón de la Santa Sede en sus buenos tiempos; sólo también ahora que los tiempos son malos y borrascosos.

Yo bien sé que estas doctrinas no son hoy populares en ciertos círculos; bien sé que estas doctrinas están anatematizadas dentro y fuera de España, al menos entre aquellas gentes cuya voz levanta más clamoreo; pero es lo cierto que si España hubiera hablado este lenguaje con resolución y con vigor delante de la Europa entera, á estas horas habría reconquistado ya su puesto de nación de primer orden.

Si España se hubiera presentado delante de Europa diciendo que estaba dispuesta á sostener los derechos del Soberano Pontífice del modo que le fuera posible; si España se presentara resuelta y vigorosamente, sin disimulo, sin antífrase, diciendo con claridad y con franqueza que nunca, en ningún caso, reconocerá el reino de Italia hasta que no haya renunciado á sus robadas posesiones el mismo Pontífice Romano, España y su Gobierno estarían á los ojos de Europa mucho más considerados que lo estamos en la ocasión presente.

En esto no cabe disimulo, en esto no cabe tergiversación, en esto no caben distinciones. Censuro, por no haber sido explícito, el discurso de la Corona; censuro asimismo la contestación que se le da en nombre del Congreso; y desde ahora declaro que la principal razón por que daré mi voto negativo al proyecto de contestación, es porque en él no se dice de un modo categórico y terminante que España no reconocerá el reino de Italia hasta que no haya renunciado á las posesiones de que ha sido despojada la Santa Sede, por un acto espontáneo y completamente libre.

Señores diputados: este documento, como todos los documentos de su especie, termina pidiendo la protección del cielo. Pues bien: si España quiere la protección del cielo, si España quiere la protección de la Providencia su Representación y su Gobierno, que la merezca. No alcanzan nunca largos y felices días sobre la tierra los que no honran á su padre y su madre. ¿Sabeis lo que haría España abandonando, en la horrible contienda que sostiene, al Romano Pontífice con sus desafortunados enemigos? Pues haría lo que aquellos tahures que pierden en una orgía el caudal que les legaron sus abuelos, y salen después á la madrugada ebrios de licor y de coraje renegando el nombre de su padre y deshonrando el nombre de su madre.

¿Estais dispuestos á eso, señores ministros? ¿Estais dispuestos á eso, señores diputados? Pues yo por mi declaro que mientras Su Santidad no reconozca el reino de Italia, España no le debe reconocer; y que yo nunca jamás, aunque así se lo llame el Gobierno español, llamaré Rey de Italia, mientras no se lo llame el Soberano Pontífice, á ese desventurado Víctor Manuel, condenado por su propia conducta á estar sujeto á eterna servidumbre, esto es, como si dijéramos, á cadena perpétua. He concluido.

UNA BENDICION DE PIO IX.

Santa es la Iglesia; Santo llamamos á su Pontífice Sumo; santas son sus bendiciones. Esto es lo primero que nos ha dicho nuestro corazón al leer los siguientes documentos en el diario turines la *Unità Cattolica*, correspondiente al 19 del actual.

El primero de esos documentos es el siguiente párrafo de una carta que al dicho periódico le escribe su corresponsal de Roma, con fecha 13 de este mes, y que dice así:

«El suceso singular que en estos días ocupa la atención de muchas gentes en Roma, es la curación de una enfermedad mortal de la Princesa Odescalchi; curación que tiene todas las señales de milagrosa, y que se cree debida á una especialísima bendición del Padre Santo Pio IX.

«Con el fin de no aventurar cosa alguna que no sea cierta y bien probada al referido suceso, me he dirigido á un personaje muy bien informado, y se ha servido darme escrita y firmada de su puño y letra la relación que os envío adjunta, y la cual podeis publicar con toda seguridad.

«Solo os añadiré, por mi parte, que tan luego como se ha divulgado en la ciudad el rumor de esta gracia obtenida, según cree todo el mundo, por virtud de la bendición del Padre Santo, muchos han recordado las famosas profecías de la venerable Ana María Trigi, la cual predijo terminantemente que el gran Pontífice que sucediese al Papa Gregorio XVI, sería un *hombre de Dios*, que obraría milagros, y que saldría triunfante y glorioso de una de las más tremendas persecuciones que habría padecido la Iglesia de Jesucristo.

La relación que el corresponsal de la *Unità Cattolica* dice remitir adjunta á su carta, está concebida en los términos siguientes:

«La Princesa Odescalchi, señora de gran piedad, y muy liberal con los pobres, se hallaba, ocho meses había, postrada en su lecho, con un escirro que amenazaba quitarle la vida. Agravándose cada vez más su dolencia, había llegado á punto de hacer ya veinte días que nada podía tragar, y hasta se dudaba de que pudiera recibir el Santo Viático.

«En este estado (el miércoles de la pasada semana) pidió al Padre Santo su bendición *in articulo mortis*, por conducto de monseñor Franchi, Nuncio que ha sido de la Santa Sede en Toscana.

«El Padre Santo, que estima en mucho á la noble señora por las cristianas virtudes de que da ejemplo en Roma, no satisfecho con otorgarle la gracia de su bendición, mandó además á visitarla en su nombre á su propio médico el doctor Viale-Prela para que le llevase noticias seguras y minuciosas de la enferma. El médico la encontró en el estado que dejamos dicho, y lo que, después de la bendición del Papa, había podido tomar una taza de caldo, cosa que antes la era imposible.

«En este mismo estado, poco más ó menos, pasó la enferma los dos siguientes días, jueves y viernes hasta que el sábado se empeoró de modo que quedó desahuciada, y de un momento á otro se aguardaba su muerte.

«Con este motivo, la Princesa recibió segunda vez la bendición del Papa.

«Al siguiente día, poco después de las doce, entran en el Vaticano dos carruajes de la casa de Odescalchi, y el Papa recibe, recado en su Cámara de que la misma Princesa había ido en persona á recibir otra vez su bendición, y á darle gracias, enteramente curada.

«Imposible es describir el asombro de toda la corte, el cual llegó á su colmo cuando se vio á la Princesa misma bajar del coche y arrodillarse para recibir la bendición del Padre Santo, que se le dio desde una ventana de uno de los patios del Vaticano.

«Esta mañana misma, 16 de Febrero, ha podido quien quiera ver á la Princesa en la iglesia de San Juan y San Pablo, asistir á la Misa, y acercarse á recibir la Sagrada Comunión, cual si en su vida hubiese estado enferma.

El Sr. D. Juan Bravo Murillo ha publicado un segundo folleto, cuyo objeto es demostrar, primero, que el estado en que se halla la Hacienda exige del país un sacrificio; y segundo, que el anticipo forzoso es el medio para realizar este sacrificio que ofrece menos inconvenientes.

Grande es el respeto que acompaña á las opiniones del Sr. Bravo Murillo en materia de Hacienda, y por consiguiente las que expone en su segundo folleto es de presumir que ejerzan algún influjo en la verdadera opinión pública, tanto más cuanto que al parecer el Gobierno comienza rindiéndoles tributo con la confesión de que sin anticipo no puede salir del atolladero económico.

Los dos diarios noticieros anunciaban ayer la nueva con las fórmulas siguientes:

**Correspondencia:**

«Esta tarde se ha dicho en el Congreso, que según el proyecto del señor ministro de Hacienda:

«Queda reducida la cifra de los billetes hipotecarios creados por la ley de 26 de Junio de 1864 á 1,000 millones con la garantía de 1,200 millones de títulos, en lugar de los 1,300 millones de billetes con la garantía de 1,700 millones de títulos de que hablaba dicha ley.

«De los 1,000 millones de billetes hipotecarios, 500 quedan en poder del Banco; 83 en la Caja de depósitos como correspondientes á varios institutos nacionales, y el Gobierno colocará los 417 restantes.

«Y de estos 417 millones, 117 se sacarán á subasta, y si hay postores se enagerrarán hasta 300, repartiendo los que queden sin subastar entre los contribuyentes que queden más de 600 rs. al año.

«Esto se ha dicho en el Congreso, fundándolo en una conferencia que tuvo anoche el ministro de Hacienda con algunos diputados; pero en nuestro concepto, el pensamiento anterior podrá haber sido uno de los que han pasado por la mente del señor ministro de Hacienda; pero no debe tenerse por seguro ni definitivo.

**Noticias:**

«El proyecto de ley que según nos han dicho, debe leerse mañana en las Cortes, consiste en lo siguiente:

«Se sacará á subasta bajo el tipo que fije el Consejo de ministros la cantidad de 117 millones, cuya subasta se verificará por pliegos cerrados.

«Terminada esta operación, se hará un empréstito de 300 millones, que sólo pagarán los contribuyentes de 600 reales en adelante, fijándose por tipo del interés el que arroje de sí la subasta pública de los 117 millones.

«El proyecto, pues, es de sólo 400 millones en general, dividido en 117 de empréstito voluntario y 500 á los contribuyentes, dado caso que en la subasta pública no se subaste más de los 117 millones.

«No se obliga más que á los contribuyentes de 600 reales en adelante, exceptuando, por consiguiente, á todas las clases pobres.

Acabamos de recibir una Pastoral del excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Jaca, á la cual acompaña la Enciclica de Su Santidad, que se encarga sea leída en todas las parroquias y anejos, y se anuncia que será publicado inmediatamente el *Syllabus*. A su tiempo tendremos el gusto de insertar en nuestro periódico la Pastoral de aquel dignísimo Prelado.

Hemos dicho que en el ardid revolucionario que supuso en peligro la vida ó libertad de Espartero con el fin de pasar revista á las gen-

tes de armas tomar con que se podía contar en Logroño, había algo más ridículo que el entusiasmo que han fingido los progresistas á cuento de ver libre á su hombre de todo mal; y que esto más ridículo é impudente, era la aceptación de semejantes felicitaciones.

Pues á estos dichos y apreciaciones nuestras, unan, cuantos no hayan perdido la dignidad humana y el sentido común, las deducciones que se desprenden del siguiente comunicado dirigido á *Las Novedades*, y á ellos dejamos el encargo de calificar á los progresistas de Logroño, á los felicitadores progresistas de otras partes, y al general Espartero, duque de la Victoria.

El comunicado inserto en *Las Novedades*, seis días después de haberle recibido el periódico progresista, y en virtud de apremio del comunicante, dice así:

«Muy mal informado debió estar el noticiero de Logroño que remitió el suelto que publican *Las Novedades* y otros periódicos del 14 del corriente, dando cuenta de la risible alarma que se produjo en esta ciudad el 9 del mismo; y voy á enterarle, para que sea más verídico en lo sucesivo cuando tengan que tomar en boca al comandante general Sr. Inestal.

No el comandante general y sí el excelentísimo señor duque de la Victoria fué el que recibió cartas y anónimos, en que se le anunciaba que gente facinorosa, procedente de Navarra, intentaba venir á apoderarse de su persona ó asesinarlo. La insistencia de esta noticia impulsó al Sr. Inestal á presentarse á S. E. y ofrecerle sus respetos y cuantos auxilios deseara para su tranquilidad, lo que agradeció, pero no aceptó por no juzgarlo necesario; y si alguna alarma se manifestó en el vecindario, la ocasionó el aparato de algunos grupos que, durante la noche, recorrieron la ciudad, pretextando velar por la seguridad de S. E. que tenía bien garantida la autoridad; razón por que se dispuso cesase ese oficioso alarde.

Esto fué lo ocurrido; y si alguno se ha reído de los anónimos y de esta farsa, ha sido el brigadier Inestal, quien comprende perfectamente que estos inventos de conspiraciones carlistas los propalan los enemigos de S. M. con el objeto de excitar las pasiones y alterar el orden público de este pacífico vecindario, lo que no conseguirán mientras dicho señor esté encargado del mando militar que se le ha confiado. Ya le conocen bien los de Logroño, y más que ellos el general Espartero, que presencié lo que vale su valor y su honradez, pueden estar seguros que no se alterará el orden ni se atacará la seguridad individual; pero que no abusen jamás de su nombre para entretener á los ociosos con falsas patrañas.

Logroño, 16 de Febrero de 1865.»

Son numerosas las felicitaciones que de provincias llegan á S. M. la Reina por el acto de magnanimidad con que acaba de demostrar su solicitud por el bien de sus súbditos. Las autoridades civiles de casi todas las provincias, como las eclesiásticas y militares, de algunas de ellas, se han apresurado á manifestar el entusiasmo y la gratitud que en ellas ha excitado el generoso desprendimiento de su Soberana, lo mismo que en los pueblos á cuyo frente se encuentran constituidas.

Ayer se recibió de Valladolid el siguiente telegrama:

«VALLADOLID, 28.

«Han regresado á Reinosa las dos compañías del regimiento de África, habiendo quedado allí otras dos compañías de cazadores de Tarifa, que permanecerán en Reinosa hasta que hayan salido de la provincia los cuatrocientos trabajadores despedidos de las obras»

Para las conferencias telegráficas que se van á celebrar en París, están hechos ya por varios Gobiernos los nombramientos de delegados. Algunos países enviarán dos representantes. De los nombrados hasta ahora se sabe corresponden todos á las categorías superiores del ramo, contándose entre ellos algunos directores. El delegado francés lo será el director del cuerpo de telegrafos.

Se ha resuelto favorablemente por S. M. la consulta dirigida por el reverendo señor Obispo de Urgel, relativa á la provision de beneficios curados del Valle de Arán; disponiendo que, sin perjuicio de lo que en su día se resuelva al practicar el definitivo arreglo parroquial, no es indispensable por ahora que se instruyan expedientes canónicos para la provision de los curatos del expresado Valle, sino que obrando y atendiendo á las prescripciones de la concordia, celebrada entre el Prelado y los vecinos en 26 de Junio de 1860, se nombren por quien corresponda los Párrocos que deban cubrir las vacantes; y dada la institución y colación canónica, se dé cuenta al ministerio de Gracia y Justicia, para los efectos que haya lugar.

S. M. la Reina ha tenido á bien conceder los honores de ministro auditor del Supremo Tribunal de la Rota, á los Sres. D. José Cobos, Canónigo de la catedral de Córdoba, y á D. José María Canosa, Canónigo provisor de la de Santiago.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado 45-00 publ.

Títulos del 3 por 100 diferido 40-60 publicado.

Deuda del personal, 21-25 no publicado.

Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, 80-00 publicado.

**Anteayer entró en el puerto del Ferrol** un buque federal, procedente de Lisboa, que es la corbeta de guerra *Sacramento*, de 500 caballos, 10 cañones y 200 tripulantes. Se hallan, pues, en aquel puerto, además de este buque, el *Nidara*, también federal, y el *Jackson*, confederado, que entró á reparar algunas averías, y al cual no se le permitirá llevar á cabo ninguna obra nueva, que sirva para mejorar sus actuales condiciones de armamento.

**A virtud de una exposición** del rector de la iglesia de San Cayetano á fin de que el ayuntamiento se haga cargo de la recomposición y conservación del reloj que se halla colocado en este edificio y que es sumamente necesario en aquellos barrios, se ha resuelto por la comisión encargada del asunto, que el señor corregidor se sirva gestionar del Gobierno la donación del que existe desarmado en el ministerio de Fomento para colocarle en las Casas Consistoriales, trasladado el que estas tienen á la citada iglesia de San Cayetano.

**La Real y primitiva congregación** de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, establecida en la iglesia de religiosas Trinitarias Descalzas de esta corte, en cumplimiento de su principal instituto de desagravios á su Divina Majestad, celebra-

rá un solemne y devoto Tríduo á Jesús Sacramentado los tres días del próximo Carnaval, en los que predicarán por las tardes los Sres. D. Ignacio Silva, don Mariano Puyol y Anglada y D. Juan María Moreno. No teniendo esta piedad corporación fondos suficientes, se espera que los fieles contribuyan con sus limosnas para los gastos de tan religioso culto.

**Se hallan en poder del señor gobernador** de la provincia los estatutos de la cofradía del Santísimo Cristo de los Aflijidos, situada en la parroquia de Ciempozuelos, y también los de la cofradía de Nuestra Señora del Buen Consejo y San Luis Gonzaga, situada en el oratorio del Olivar de esta corte.

**El domingo, lunes y martes de la semana próxima**, á las tres de la tarde, se celebrarán devotos ejercicios en la capilla del Obispo, Plazuela de la Paja, en desagravio de tantas injurias como recibe nuestro Divino Redentor en los excesos que se cometen en los días de Carnaval. El miércoles de Ceniza, se celebrará función religiosa, que empezará por la tarde á las cuatro y media, con exposición del Santísimo Sacramento, y sermón.

**PARTE RELIGIOSA.**

SANTOS DE HOY. San Matías, Apóstol, y San Modesto.—Es día de Misa.

SANTO DE MAÑANA. San Cesáreo, confesor.

**CULTOS RELIGIOSOS.**

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia parroquial de San Lorenzo, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde completas y procesión de reserva.

En la iglesia de monjas de la Concepción Gerónima, se practicarán por la tarde á las cuatro los ejercicios mensuales, en honor de la Virgen de las Victorias, y dirá el sermón D. Juan Barbero.

Por la noche se cantará la letanía y Salve á Nuestra Señora en Santa Cruz, San Martín, Monserrat, San Ildefonso, Santa María, San Ginés, Italianos y Nuestra Señora de Gracia.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de la Encarnación en su iglesia, á la del mismo título en San Plácido; la de Gracia en su iglesia ó en la de San Ignacio.

Se reza de Santa Eulalia de Barcelona, con rito doble, y color encarnado.

**PARTE EXTRANJERA.**

**TELEGRAMAS.**

BERLIN, 22.

El ministro de la Guerra va á pedir á las Cámaras que los Ducados alemanes tengan la misma organización militar que Prusia, y que los principales puntos estratégicos y marítimos estén ocupados por tropas prusianas. Reclamará además la apertura de un canal destinado á unir el mar del Norte con el Báltico.

Se espera aquí que el Austria se opondrá á la concesión de dichas peticiones, y que, por consecuencia, surgirán graves desavenencias entre ambas [Potencias].

GENOVA, 21.

Segun una carta publicada en el *Movimiento*, el general Lamarmora ha desembarcado en Civitavecchia, y de allí se ha dirigido por Roma á Nápoles.

PARIS, 23.

A pesar de las noticias belicosas que se han recibido de América, en la legación de los Estados Unidos se cree en la próxima terminación de la guerra.

Los informes del mariscal Bazaine llegados al ministerio de la Guerra, presentan la situación de Méjico bajo un aspecto favorable, con motivo de la actitud hostil del partido clerical. Se teme que sea preciso enviar nuevos y numerosos refuerzos. Desde luego que, por ahora, no volverán las tropas designadas para embarcarse.

TOULON, 23.

El transporte *Far* ha abandonado hoy nuestro puerto, dirigiéndose con rumbo á Veracruz, y llevando á bordo varios destacamentos de tropas de artillería y de infantería de Marina.

NUOVA-YORK, 12.

En los combates del domingo y del lunes, los federales perdieron 1,200 hombres: al día siguiente recobraron el terreno perdido.

TURIN, 23.

El Rey Víctor Manuel ha llegado á esta capital.

PARIS, 24.

El hijo de M. Schneider, vice-presidente del Cuerpo legislativo, ha demandado de difamación é injuria á la señora de Ratazzi, por su novela titulada: *Un casamiento de Criollo*.

CORK, 10.

La columna expedicionaria ha emprendido su marcha, y una parte de la escuadra francesa, anclada en Mazatlan, se ha dirigido también con rumbo á Guaymas, puerto de la Sonora.

**Mercado de Madrid.**

ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

10030 fanegas de trigo.

1052 arrobas de harina de idem.

... libras de pan coidem.

9003 arrobas de carbon.

127 vacas que componen 55778 libras de peso.

253 carneros que hacen 5367 libras de peso.

299 cerdos degollados que hacen 49653 libras de peso.

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo, ... de 44 á 50 Rs. vn.

Cebada, ... de 28 á 30 Id.

Algarroba, ... de 2 á 32 Id.

**ESPECTACULOS.**

TEATRO REAL. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Martha*.

TEATRO DE VARIEDADES. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Una coincidencia alfabética*.—*Bruno el Tejedor*.—*Baile*.—*El boticario invisible*.

TEATRO DEL CIRCO. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Ardes de amor*.—1864 y 1865.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*De Versalles á Madrid*.

Por todo lo no firmado, MANUEL DE TOMAS.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejedo, calle de Silva, núm. 47 bajo.